

EL MEDICO DEL INFIERNO

CLARK CARRADOS

El sonido de la deglución de saliva llegó claramente a sus oídos. Casi en el mismo instante, se produjo otro sonido.

Eran huesos partidos y destrozados por unas potentes mandíbulas. De repente, concibió una horrible sospecha.

Casi se mareó.

«No, no puede ser…», pensó, espeluznado.

Pero el instinto le dijo que los huesos que crujían en las mandíbulas de los fieros *doberman-pinscher* no eran de un animal precisamente…



Clark Carrados

El médico del infierno

Bolsilibros: Selección Terror - 179

ePub r1.0
xico_weno 19.10.17

Título original: *El médico del infierno*
Clark Carrados, 1976
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

CUANDO llegaba a las inmediaciones de Green Lake, Barry Leach observó que el indicador de gasolina marcaba poco menos que cero. Por fortuna, había una estación de servicio a la entrada de la población y ello le vino de perillas para repostar.

—Revise también el aceite, por favor —pidió al empleado.

—Bien, señor.

Leach sacó de la bolsa de la portezuela de su lado un mapa de carreteras y lo estudió con detenimiento. Sí, allí veía un camino que podía ahorrarle algunas millas en su ruta de vuelta. No era que tuviese una prisa excesiva, pero si conseguía regresar más pronto, tampoco tendría por qué quejarse.

Cuando el mozo anunció que ya había terminado, Leach abonó el importe de la gasolina. El aceite estaba bien, le informaron.

—Gracias —dijo el viajero, a la vez que añadía una buena propina—. Antes de seguir viaje, tomaré una taza de café. Por cierto, he visto un camino que cruza Aspid Hills.

—Así es, señor —confirmó el empleado—. No está en muy buenas condiciones, pero se puede utilizar sin peligro. Además, al otro lado de las colinas hay un paisaje muy bonito.

—Gracias otra vez.

Leach llevó el coche a las inmediaciones de la cafetería. Tras apearse, encaminó sus pasos directamente al lavabo. Luego fue a la barra y pidió un café.

Mientras sorbía el brebaje, encaramado en un taburete, divisó a una hermosa joven a través de la cristalera. Ella estaba en pie, con un bolso en las manos, juntas sobre la falda, y una maleta a su lado.

—Espera a alguien —se dijo Leach.

Un vehículo se paró en aquel momento y de él se apeó un hombre de regular estatura, fornido, casi rechoncho y con las cejas muy espesas. El individuo habló con la joven y ésta asintió. Luego,

el recién llegado se apoderó de la maleta y, mientras ella le seguía, la puso en el departamento posterior de la enorme ranchera en que había llegado.

La ranchera arrancó apenas la joven se hubo instalado junto al conductor. Unos segundos más tarde, Leach pagó su consumición y abandonó la cafetería.

Subió al coche y lo puso en marcha. Atravesó la población a velocidad moderada; no tenía ganas de encontrarse con un *sheriff* quisquilloso. Green Lake, observó, era una ciudad como muchas situadas en las inmediaciones de un paraje pintoresco, donde solían llegar turistas todos los domingos del año y, en especial, durante las vacaciones del verano. El lago que había dado su nombre a la población se hallaba a unos dos kilómetros hacia el Sur y brillaba como un espejo, reflejando la luz de un sol que apenas si acababa de pasar el punto máximo de su curva diaria.

Green Lake, por tanto, era poco más que una calle central, muy ancha, llena de edificios dedicados la mayoría a tiendas y locales de esparcimiento. Hacia el sur se divisaban, ocultas casi por los árboles y la vegetación, numerosas villas de recreo.

Aspid Hills, la cadena de colinas observada antes en el mapa, quedaba en dirección opuesta, hacia el norte. Leach enfiló el camino que cruzaba las colinas a los trescientos metros de haber abandonado la población.

Delante de él, a unos mil quinientos metros, divisó la ranchera en la que viajaba la hermosa muchacha vista en la estación de servicio. Debía de vivir por los alrededores, pensó, sin profundizar más en la cuestión.

A partir del desvío, el terreno iniciaba una ascensión que, poco a poco, se hacía más pronunciada. Sin embargo, no era nada que no pudiese vencer el potente motor de su «Chevrolet» 74. Ciertamente, era preciso tener un poco más cuidado que en la carretera, aunque tampoco las dificultades podrían calificarse de insalvables.

El contraste entre las colinas y el paisaje que quedaba atrás, envuelto en el polvo que levantaban las ruedas de su coche, era evidente, La vegetación de las colinas era muy raquítica, debido a la extremada aridez de su suelo, predesértico. Ni siquiera la humedad del relativamente cercano lago bastaba a mejorar las condiciones del terreno.

A unos tres kilómetros, se adentró en un paso que serpenteaba entre dos colinas de tétrico aspecto. El desfiladero, sin embargo, no era una maravilla de la naturaleza, digna de ser recordada toda la vida. Era, simplemente, el resultado del encuentro en la base de las laderas de dos colinas.

A los pocos minutos, notó que había alcanzado el punto máximo de la divisoria. El camino empezó a perder altura, pero el máximo alcance de su visibilidad era muy corto, debido a las continuas curvas, que se enroscaban y desenroscaban entre dos paredes muy juntas, aunque de no demasiada pendiente.

De pronto, salió a terreno despejado. Al otro lado había árboles y agua en abundancia, apreció. Había también bastantes colinas y lomas, pero de cota mucho más inferior y con un aspecto notablemente más distinto. El viajero respiró, aliviado.

Leach se dio cuenta de que había perdido de vista a la ranchera. Pero, de repente, con gran asombro por su parte, tuvo que frenar.

Delante de él, una recia valla, de postes metálicos y red bastante tupida, igualmente de metal, cortaba el camino. Sobre la puerta, de dos hojas, divisó un rótulo:

WALLIS FARM
PROPIEDAD PARTICULAR
PROHIBIDO EL PASO

Durante unos momentos, Leach se sintió desconcertado. Las huellas de la ranchera que le había precedido eran fácilmente visibles en el polvo del camino. Pero antes de que pudiera hacerse más reflexiones, oyó ladridos de perros.

Elevó un poco la vista. Al fondo, entre un espeso grupo de olmos, alerces y álamos, divisó el rojo tejado de una casa de buenas dimensiones. Mucho más cerca, vio a un hombre que corría hacia él, sujetando por sus correas dos grandes perros de color absolutamente negro.

El individuo llevaba un rifle al hombro. Cuando llegó a la valla, gritó:

—¡No se puede pasar! ¡Vuélvase!

Leach contempló pensativamente los dos perros, enormes ejemplares de la raza *doberman-pinscher*, cada uno de los cuales, calculó, eran sesenta kilos de huesos y músculos bien entrenados

para atacar y matar si era necesario. Las fauces parecían más rojas, por contraste con el negro brillante, casi azulado, de la piel.

—Dispense, amigo —contestó en tono amable—; en la estación de servicio me dijeron que el camino…

—El camino acaba ahí, justo donde está —le interrumpió el vigilante.

—Muy bien, no discutiré más. Gracias de todos modos.

Leach metió la marcha atrás e hizo virar en redondo al coche. Luego arrancó de nuevo en dirección a Green Lake, maldiciendo de su informador, que le había hecho recorrer en vano seis o siete kilómetros.

—Más otro tanto de vuelta, catorce —rezongó, a la vez que acometía la pendiente que conducía al paso.

Diez minutos después, se paraba en la gasolinera. El mozo que le había atendido acudió en el acto.

—¿Puedo servirle en algo, señor?

Leach contuvo el torrente de improperios que estaba a punto de soltar.

—Oiga, usted me dijo que podía utilizar el camino que atraviesa Aspid Hills —se quejó.

—Y así es, señor. Yo mismo he pasado por allí más de una vez…

—Ahora está cortado por una valla y un rótulo —dijo Leach.

El empleado mostró un asombro total, muy sincero.

—Lo ignoraba, señor —manifestó.

De pronto, alguien dijo:

—El doctor Carmody ha comprado los terrenos que circundan su propiedad. Según me dijo, necesitaba más espacio para que sus clientes puedan reponerse con más tranquilidad. Perdón, forastero, soy Lance, *sheriff* de Green Lake —se presentó el recién llegado.

Leach se volvió hacia el hombre de la estrella y sonrió.

—Entonces, la valla debe de ser algo muy reciente —dijo—. Pero ¿no será también ilegal? Porque, a mi entender, debe de haberse creado una servidumbre de paso…

Lance se encogió de hombros.

—Yo también lo pensé así en el primer momento, pero cuando consulté con el alcalde, que es también abogado, me dijo que era perfectamente legal —respondió—. A fin de cuentas, Wallis Farm está fuera de los límites de Green Lake y yo no tengo jurisdicción

allí.

—De modo que hay una especie de clínica. Al leer el nombre de la propiedad, pensé que se trataría de una granja…

—Lo fue hace años. Luego, el doctor Carmody compró la propiedad, remozó los edificios e instaló allí su clínica para enfermos nerviosos. Todo absolutamente legal, señor…

—Leach, Barry Leach —sonrió el viajero—. Bien, de todas formas, yo no tengo ningún interés en Wallis Farm. Simplemente, trataba de encontrar un camino más corto para mi regreso. Gracias, *sheriff*.

El hombre de la estrella se tocó con la mano el ala de su sombrero.

—No rebase las veinticinco millas por hora hasta salir de la población —aconsejó. Leach sonrió, a la vez que asentía. Puso el coche en marcha nuevamente y enfiló la carretera, dispuesto a olvidarse muy pronto del incidente. Bien mirado, no merecía la pena se volviese a recordar más.

En esto, aunque entonces no lo sabía, lógicamente, Leach estaba muy equivocado.

* * *

De pronto, dos semanas más tarde, Leach se encontró con una antigua conocida.

Era una mujer de unos treinta años, alta, de formas arrogantes y abundante cabello del color de oro viejo. Años atrás, Leach y la mujer habían sostenido un apasionado romance, que se había roto casi bruscamente cuando ella le anunció que iba a casarse.

—¡Barry! —dijo ella.

Leach contempló a la hermosa mujer que tenía frente así.

—Melitta Purcell —dijo, a la vez que tomaba sus manos—. Estás maravillosamente guapa…, aunque no sé si debo seguir llamándote por tu apellido, ya que desconozco el de tu marido.

Ella sonrió suavemente.

—Sigue llamándome Purcell —contestó—. Al fin, no nos casamos.

—Oh, lo lamento de veras…

—Yo no, Barry; muy pronto me di cuenta de que iba a cometer un tremendo error.

Entonces, hice un viaje para olvidar y… Pero hablemos de ti y

de tu trabajo. ¿Sigues con lo mismo?

—Por supuesto.

—Y cada día, me imagino, progresas más.

—Se hace lo que se puede —sonrió él.

—Barry, me gustaría hablar contigo largo y tendido —propuso Melitta—. ¿Por qué no vienes a cenar conmigo?

—¿En… tu casa?

Ella sonrió incitantemente.

—Claro —respondió—. Cena fría, champaña, velas, música de fondo… Es decir, si no tienes ningún compromiso.

—Ninguno, desde luego. Pero, dime, ¿vives aún en el mismo sitio?

—No, me cambié. Ahora tengo un departamento en el Essex Building. Supongo que sabes dónde está.

Leach la miró asombrado.

—Esos departamentos no tienen nada de baratos —dijo.

Melitta se echó a reír.

—Puedo permitirme el lujo de pagar el alquiler —respondió—. ¿A las siete y media?

—¿De etiqueta?

—¿Los dos solos? ¿Para qué? —Melitta alargó la mano nuevamente—. Sé puntual, querido.

—Descuida.

Leach reanudó la marcha. Sí, iba a ser una velada inolvidable, pensó. Y, en realidad, aquellos días el trabajo no le agobiaba, así que si la cosa se ponía en condiciones, incluso podía tomarse una semana de descanso.

Bien acompañado, por supuesto.

Cuando llegó a su casa, se encontró con la sorpresa de una visita.

CAPÍTULO II

HANNAH GROGAN, su ama de llaves, le informó de que había una joven que le aguardaba en su despacho.

—Yo le dije que aquí, en casa, no atendía consultas profesionales; pero ella no quiso hacerme caso…

—No se preocupe, Hannah —sonrió el joven—. Procuraré quitármela de encima cuanto antes.

—Casi creí que me pegaba, cuando le dije que perdía el tiempo —rezongó la señora Grogan.

Leach sonrió. Cruzó el vestíbulo, atravesó el salón y abrió la puerta de su gabinete de trabajo. Una joven se volvió para mirarle, apenas oyó el ruido de la puerta.

—Señor Leach…

—Sí, señorita…

—Joyce Blunt —se presentó la visitante—. Siento haberme portado así, pero llegué tarde a su oficina y se me ocurrió venir a su casa. Es muy urgente, se lo aseguro.

Leach pasó detrás de la mesa.

—No se preocupe —sonrió—. Mi ama de llaves nos servirá enseguida un poco de café. —Tocó un timbre y añadió—: Bien, empiece a hablar, señorita Blunt.

—Sé que lo que voy a pedirle no es demasiado frecuente, pero estoy dispuesta a compensar los gastos que ello origine —dijo Joyce —. Se trata de que consiga un mandamiento judicial, para que mi amiga Dina Coogan salga de la clínica donde está internada.

Leach enarcó las cejas.

—¿Una clínica? —repitió.

—Sí, señor. Hace algún tiempo, Dina se internó por sí misma, alegando cierto cansancio psíquico. Señor Leach, le seré franca; yo no creo en la historia de mi amiga. Más bien sospecho que lo que quieren es dejarla sin un centavo.

—Vaya, su amiga debe de ser una persona de cierta posición social…

—Bueno, por lo que yo sé, no es precisamente una millonaria, aunque sí debe de tener un patrimonio de unos doscientos mil dólares. Dina siempre fue equilibradamente sana y jamás tuvo complejos. No veo por qué había de internarse en una clínica para tratarse una afección nerviosa que, en mi opinión, no padecía.

Hannah entró en aquel momento con una bandeja en las manos. Leach esperó a que el ama de llaves se hubiera marchado para continuar el diálogo.

—¿Acaso es usted médico, señorita Blunt? —preguntó.

—No, pero conocía bien a Dina…

—Generalmente, creemos conocer bien a nuestros amigos. Luego nos dan unas sorpresas que nos tumban de espaldas —dijo Leach con jovial acento.

—En el caso de Dina, no es así. Lleva ya dos meses en la clínica. Si siempre estuvo sana, si jamás consultó a un psiquiatra, ¿por qué tiene que estar allí tanto tiempo? Pero, además, hay otra cosa que me hace sospechar algo turbio en su internamiento.

—Bien, dígalo, señorita Blunt.

—Hace un par de semanas, me encontré casualmente con el director adjunto del Midland & West Bank. Fue muy amigo de mi padre y también es mi consejero económico cuando lo necesito. El señor Farquhart conocía la amistad existente entre Dina y yo.

Hablando con sus palabras, dijo qué diablos pretendía Dina al realizar cien mil dólares de sus paquetes de acciones y valores de Bolsa. ¿Lo comprende ahora?

—¿Eso le dijo un alto empleado de banca? Yo pensé que el secreto profesional…

—Bueno, esto fue algo confidencial, como puede suponer. El señor Farquhart lo hizo porque, aunque cumplió la orden de su cliente, sabía que podía confiar en mí. Se sentía muy extrañado por esa actitud, entiéndalo, señor Leach.

—Desde luego, pero la señorita Coogan pudo tener graves motivos para necesitar cien mil dólares en efectivo.

—No lo niego. Yo le escribí, pero la carta no ha tenido aún

respuesta. Ni tampoco me ha sido devuelta, lo que significa que Dina la ha recibido.

—Entonces, usted sospecha que en esa clínica le han sacado nada menos que cien mil dólares, mediante una minuta de honorarios…, un poco exagerada.

—Eso es más bien un robo —declaró Joyce con vehemencia—. Y yo no quiero que Dina quede arruinada por psiquiatras sin escrúpulos.

Leach suspiró.

—Si ese médico tiene sus títulos en regla, poco podremos hacer —contestó—. Pero no quiero desilusionarla de antemano, señorita Blunt. De todos modos, ¿es seguro que su amiga ordenó realizar esa suma?

—Sí, y cuando la operación estuvo terminada, se hizo una transferencia al Green Lake City Bank. Eso es lo que me dijo el señor Farquhart.

—Green Lake —repitió él, pensativamente—. Conozco esa población, aunque nada más por haberla cruzado con mi automóvil.

—Señor Leach, la clínica donde está Dina se encuentra a unos siete kilómetros al norte de Green Lake. Yo estuve allí, pero no pude verla. El doctor Carmody le había prohibido toda clase de visitas.

—Probablemente, necesitaba aislamiento…

—Quizá, pero me gustaría estar segura de que Dina padece realmente esa enfermedad nerviosa. La clínica se halla instalada en un lugar llamado Wallis Farm, con perros de presa y alambradas. ¿Le parece lógico semejantes precauciones para cuidar de una supuesta enferma mental?

Leach frunció el ceño. De pronto, recordó Wallis Farm y el malencarado guardián, que le había echado de aquellos parajes con tan escasa amabilidad.

La curiosidad le picó.

—Señorita, iré a Wallis Farm —dijo al cabo—. Sin embargo, no quiero que se haga demasiadas ilusiones. Haré… lo que pueda, eso es cuanto estoy en condiciones de asegurar.

Joyce se puso en pie, a la vez que sonreía. Entonces, Leach observó que se trataba de una muchacha muy alta y de cuerpo admirablemente formado. El pelo, aunque no negro por completo, era muy oscuro y los ojos, grandes y rasgados, tenían dos hermosas

pupilas de color verdegris, que prestaban un singular encanto a sus facciones.

—Gracias, señor Leach. Y ahora, si me indica sus honorarios…

—Hablaremos de eso a mi vuelta de Green Lake —contestó él.

—¿Cuándo piensa ir?

Leach se dispuso a contestar: «mañana», pero, de pronto, recordó la invitación de la hermosa Melitta Purcell.

—Quizá mañana me sea imposible. De todos modos, es un viaje que se puede hacer en el día. Llámeme pasado mañana por la noche… y déjeme también su dirección, por supuesto —respondió.

Joyce le entregó una tarjeta de visita. Luego se marchó, dejando como recuerdo de su estancia una tenue estela de sutil perfume, suave y delicado.

Mientras se abanicaba con la tarjeta de visita, Leach pensó unos momentos en Wallis Farm, en el doctor Carmody y en la valla que circundaba su propiedad. Sí, el *sheriff* Lance le había dicho algo al respecto.

Pero la hermosa Melitta Purcell estaba mucho más cerca.

* * *

Había sido una cena muy agradable. Al terminar, Leach se ofreció para ayudar a fregar los platos, pero Melitta dijo que su sirvienta se encargaría al día siguiente.

—Ve a la sala —dijo—. Yo prepararé mientras el café y los licores.

Leach asintió. La sala era una vasta estancia, que daba a una terraza de amplias proporciones, situada a veintidós pisos sobre el asfalto. Desde allí, se divisaba una espléndida vista de la ciudad, con sus luces reflejándose sobre las aguas del Mississippi.

De vez en cuando, se oía el gemido de la sirena de un barco fluvial.

Más a lo lejos, se veía el gran arco que indicaba el punto donde más de cien años antes, arrancaban las caravanas de pioneros que se disponían a colonizar y conquistar el Oeste.

San Luis, pensó Leach, había cambiado bastante desde que los indios venían a traficar en los puestos comerciales situados a la orilla del que ellos denominaban Gran Padre de las Aguas.

Melitta se retrasó un poco, pero no le dio importancia. Sacó cigarrillos, se puso uno en los labios y buscó fuego. De pronto,

divisó una tira de fósforos encima de una mesita.

Levantó la solapa. En la cara interior, vio escritas dos palabras, que le parecieron grabadas a fuego: Wallis Farm.

De pronto oyó la voz de Melitta a sus espaldas:

—Barry.

Leach se volvió. Melitta estaba a unos pasos de distancia, vestida con un transparente peinador de tul blanco, sonriéndole de un modo muy atractivo, y con el pelo libre y suelto.

Había muy poca luz en la sala, pero detrás de la joven, una gran lámpara de pie proyectaba el suficiente resplandor para que Leach pudiera contemplar la admirable silueta femenina que tenía a unos pasos de distancia. En aquel momento, se olvidó por completo del Café y los licores que ella había prometido.

Avanzó hacia Melitta. Tenía las manos a la espalda, pero Leach no se fijó en el detalle.

—Estás más bella que nunca —murmuró al abrazarla.

Ella entrecerró los ojos. Leach sintió contra su pecho el cálido palpitar de los senos femeninos. De pronto, cuando ya se inclinaba para besarla, notó algo raro.

Detrás de Melitta había un cuadro, que representaba unas flores, pintadas sobre papel grueso. El papel estaba protegido, lógicamente, por un cristal.

Y el cristal hacía de espejo. Leach vio que Melitta alzaba su mano derecha, armada de un afiladísimo puñal.

Ella respiraba afanosamente. Leach, más asombrado que asustado, dio un salto atrás.

—¡Melitta! —gritó—. ¿Te has vuelto loca?

La mano de la joven estaba todavía en alto. Leach la observó y creyó ver en su cara una rara expresión de locura.

—Dame ese puñal, Melitta —pidió.

De súbito, ella emitió un ronco sonido, absolutamente ininteligible. El puñal se desprendió de sus manos cuando echó a correr hacia la terraza, de una forma totalmente inesperada.

Leach se quedó helado de terror. Fue una especie de parálisis, que le mantuvo clavado al suelo durante una fracción de segundo, lo suficiente para impedirle evitar la enloquecida acción de su bella anfitriona.

Antes de que pudiera hacer nada, Melitta llegó al parapeto de la

terraza, haciendo ondear tras sí la bata de encajes. Sin detenerse, puso las manos en el borde y se arrojó al vacío.

Un horripilante alarido brotó de la garganta de Melitta, en el instante en que se dio cuenta de lo irremediable de su suerte. Aquella visión de los tules flameantes duró sólo un cortísimo espacio de tiempo en las retinas del invitado.

El grito se hundió rapidísimamente en la noche, hacia el asfalto, a veintidós pisos de distancia.

* * *

Tenía un vaso mediado en la mano, cuando sonó el teléfono.

En el primer momento, se sintió tentado de no contestar. Pero luego, al notar la insistencia del que llamaba, alargó el brazo y levantó el aparato.

—Leach —gruñó.

—Soy Joyce Blunt —dijo una voz de mujer—. Señor Leach, he leído los periódicos…

—Entonces, ya está enterada de lo sucedido.

—Sí. Lo siento tantísimo.

—Más lo siento yo. Esto va a ser mi ruina.

—Por favor…

—No había testigos, por tanto, la Policía ha tomado como buena mi declaración. Melitta Purcell saltó por la terraza.

—Quisiera decirle algo para animarle, pero… no, se me ocurre nada. Harto me imagino ahora su situación tan delicada. Si puedo ayudarle…

—Gracias. Voy a verme metido en un buen lío durante una temporada. Luego, lógicamente, todo se olvidará. Es decir, lo olvidará la masa, pero no los profesionales. Es posible que, incluso, deba abandonar San Luis.

—Oh, sería terrible… Precisamente ahora, ya, tan acreditado…

—Estoy en libertad provisional. Un día se celebrará el juicio. Probablemente seré declarado no culpable, que no es lo mismo que inocente. Pero Melitta ha muerto. ¿Cómo probar que estaba drogada o hipnotizada?

—¿Pidió que se analizaran los restos de la cena, el vino que habían tomado…?

—Sí. Los análisis son negativos. La autopsia no ha dado señales de drogas. Pero ¿por qué querría asesinarme, mientras me disponía

a besarla?

—¿Qué dice la Policía de las huellas del puñal?

—Sólo han encontrado las de Melitta. Aun así, eso no prueba sino que, tal vez, quiso defenderse de mí cuando, a causa del alcohol, quise arrojarla por la terraza, al ver que ella no quería acceder a mis deseos.

—Eso no lo creo yo en absoluto, señor Leach.

—Muchas gracias, señorita Blunt, pero es preciso que nos encaremos con la realidad.

Ah, por supuesto, seguiré adelante con su asunto.

—No me atrevía a recordárselo… ¡Si supiera mi estado de ánimo!

—¿Con respecto a su amiga?

—No, no tanto como con respecto a usted. Le ha sucedido algo horrible, de lo que no tiene ninguna culpa, y yo quisiera expresarle mi simpatía mejor de lo que lo estoy haciendo. No es adulación, para que siga adelante con mi encargo, sino que quiero ser sincera.

—Gracias, señorita Blunt. Bien, si eso le sirve de consuelo, le diré que mañana pienso viajar a Green Lake. En cierto modo, yo también estoy interesado en Wallis Farm.

—¿De veras?

—Sí. Melitta estuvo allí.

Joyce lanzó una exclamación de asombro.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó, una vez repuesta de la sorpresa.

—Bien, a decir verdad, no sé si estuvo, pero es seguro que conocía la clínica. Encontré el nombre de Wallis Farm en la solapa de una tira de fósforos, que encontré en casa de Melitta.

—Vamos, no irá a decirme que el doctor Carmody emplea ese tipo de publicidad para propagar las bondades de su clínica.

—Por supuesto que no. El nombre de Wallis Farm estaba escrito, como se dice en términos forenses, de puño y letra de Melitta.

—Es… fantástico —dijo Joyce.

—No fantástico, sino muy intrigante. Y ahora, casi tanto como usted, yo estoy también empeñado en averiguar qué pasa en la clínica del doctor Carmody.

—Señor Leach, llámeme en cuanto vuelva, por favor.

—Descuide, señorita Blunt. Y gracias por sus palabras; es usted una persona realmente encantadora.

—Me gusta ser sincera. Si hubiese pensado de usted de otra manera, también se lo hubiera dicho.

Leach colgó el teléfono. Una vez más reprodujo, con los ojos de la mente, la terrible escena del insólito suicidio de la hermosa Melitta.

¿Qué había provocado en la joven aquel sentimiento de autodestrucción?

Quizá, pensó, la respuesta estaba en Wallis Farm.

CAPÍTULO III

EL coche se detuvo junto a la valla de red metálica. Leach tocó el claxon un par de veces y esperó, ya fuera del vehículo.

Un vigilante se acercó a poco, con dos perros atraillados. Era el mismo de tres semanas antes.

—Me parece que nos hemos visto —dijo el sujeto.

—Sí. Quise pasar por aquí, pero no sabía que el camino estaba cortado —sonrió Leach.

—Ahora ya lo sabe. ¿Por qué vuelve?

—Se lo diré a usted, pero sólo en parte. Quiero ver al doctor Carmody. Soy Barry Leach, abogado, de San Luis.

—El doctor Carmody está ocupado. No puede recibirle ahora.

—Bien, no tengo prisa. He traído una nevera portátil con bebidas y refrescos en abundancia. También tengo la radio del coche. Ahí veo un árbol con buena sombra. Tal vez eche una siestecita hasta que el doctor Carmody pueda recibirme.

Leach dio media vuelta, metió medio cuerpo por la ventanilla abierta y conectó la radio. Deliberadamente, dio todo el volumen y la música emergió, potente y fragorosa, por el altavoz del aparato y el de la luneta posterior del coche.

Luego sin hacer caso del atónito vigilante, fue hacia el maletero y sacó la nevera portátil, junto con una silla plegable de lona. Con ambos objetos en la mano se acercó al olmo, desplegó la silla, se sentó, abrió la nevera y sacó una lata de cerveza.

El vigilante se sentía atónito.

—Oiga, apague esa maldita radio…

—No me da la gana. Este terreno es propiedad pública. Tengo derecho a sentarme aquí y a escuchar las emisiones de radio. A propósito, ¿cómo se llama usted?

—Archie, Archie Cowdy…

Leach levantó el bote de cerveza.

—Bien, a su salud, Archie —sonrió.

Después de lanzarle una iracunda mirada, Cowdy dio media vuelta y se alejó, arrastrando a los sabuesos. Leach le contempló con expresión pensativa. ¿Por qué tantas precauciones, para una simple clínica de reposo?

Melitta había estado allí, no le cabía la menor duda. ¿Qué era lo que había influido en su mente de una manera tan profunda?

Primero, había querido asesinarle. Luego, fracasada en su intento, algo había provocado una terrible sacudida en su ánimo, empujándola al suicidio.

Pero el suicidio lo era solamente en cuanto a su apariencia, ya que había sido la propia Melitta quien se había arrojado al vacío. Sin embargo, Leach estaba convencido de que se trataba de un asesinato.

Pasaron unos minutos. De pronto, Leach vio a una mujer que hacía ejercicios de marcha gimnástica.

La mujer vestía una blusa y pantalones cortos, blancos, terriblemente ceñidos a sus pomposas caderas. Llevaba los codos pegados al cuerpo y, con los movimientos de su marcha, los senos subían y bajaban como saquetes llenos de sebo derretido.

Ella no se había dado cuenta de la presencia del supuesto turista a diez metros de la valla. Inesperadamente, Leach reconoció a la mujer.

—¡Eh, Zelda! —llamó, a la vez que se ponía en pie—. ¡Zelda Ames!

Ella, sorprendida, suspendió su carrera y miró hacia el origen de la voz.

—¡Barry! —exclamó, no menos sorprendida que el joven—. ¿Qué haces aquí?

—Eso es lo que a mí me gustaría saber de ti —sonrió el joven—. ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma de los nervios?

—Bueno, es poco. También estoy siguiendo una cura de belleza… El doctor Carmody es muy bueno, Barry.

—Zelda, tú siempre tuviste un sistema nervioso casi perfecto. Salvo que te gustaban demasiado las buenas chuletas y los bombones. Pero eso se podía curar con un poco de esfuerzo propio, me parece a mí.

Zelda se echó a reír. Era una mujer de unos cuarenta y cinco

años, cuyo cuerpo ya hacía mucho había perdido su esbeltez original. Años atrás, había intentado la conquista de Leach, sin el menor éxito. Cuando se conocieron, Zelda bordeaba ya los ochenta kilos y no daba la sensación de perder un solo gramo de peso.

—Bueno, conviene siempre un poco de ayuda ajena. Lo creas o no, me siento mucho mejor desde que me interné en la clínica —dijo ella.

—¿Hace… cuánto tiempo?

—Oh, un par de semanas. Pero el doctor dice que debo estar aquí todavía dos meses, al menos.

—Va a ser un tratamiento largo, en efecto. Y costoso, Zelda.

Se oyó la risa femenina.

—El dinero no me preocupa, querido —contestó ella.

—Sí, lo sé. A propósito, ¿conoces a una tal Dina Coogan? Está en la clínica…

—No, no la conozco. ¿Por qué lo preguntas, Barry?

Una voz bronca resonó repentinamente a través de un megáfono:

—¡Señora Ames! ¡Siga el ejercicio durante el tiempo prescrito!

Zelda guiñó un ojo a su amigo.

—Ya ves, hay que obedecer al médico. Adiós, Barry.

La mujer se alejó, trotando y resoplando como una foca. Leach contempló divertido las sacudidas de sus pomposas caderas, que parecían ir a explotar en cualquier momento dentro de los ajustados pantaloncitos.

Cowdy se acercaba ya, sin los perros.

—El doctor va a recibirle, señor Leach —informó con voz neutra.

La puerta se abrió un poco.

—Siga recto. No se desvíe del sendero —indicó el vigilante.

* * *

La casa era grande, de planta baja, primer piso y ático con salientes abohardillados. En la fachada principal, tanto en la planta como en el primer piso, había pórticos de traza curva y columnas de sustentación sencillamente cilíndricas. La puerta principal era grande, encristalada.

Había un hombre bajo el dintel. Era de regular estatura y rostro alargado, zorruno.

—Soy Wraxton, ayudante principal del doctor —se presentó—. Tenga la bondad de seguirme, señor Leach.

—Gracias.

Wraxton precedió al visitante a través de un vestíbulo de suelo espejeante. La decoración era elegante, discreta, con paredes y puertas pintadas, de tonos suaves y relajantes. Los cuadros representaban alegorías y escenas campestres, sin tonos chillones ni figuras que pudieran causar impacto en el ánimo de los habitantes de la casa.

El ayudante abrió una puerta situada en el lado opuesto.

—Doctor, el señor Leach —anunció.

El hombre se puso en pie, al oír el nombre del joven. Leach, atónito, aunque sin demostrarlo, reconoció al individuo de la ranchera, que había ido tres semanas antes a recibir a una hermosa joven a la estación de servicio de Green Lake.

—¿Cómo está? —dijo Carmody cortésmente.

—Doctor, gracias por haberme recibido —manifestó Leach—. Lamento haberle robado unos minutos de su precioso tiempo…

—No se preocupe —sonrió el galeno—. Dígame, ¿en qué puedo servirle?

—Estoy aquí por encargo de un cliente, cuyo nombre, como es lógico, debo reservarme por el momento. Sin embargo, mi cliente desea recibir informes sobre la salud de una de sus pacientes.

—¿Es familiar esa persona de mi paciente?

—Si no lo fuese, ¿me negaría usted la respuesta?

Carmody soltó una risita.

—¿Por qué? No tengo nada que ocultar en mi clínica. Usted ha visto un vigilante armado y perros y eso le ha extrañado, sin duda. Hace algunas semanas, dos ladrones intentaron asaltar la clínica. Tengo un verdadero interés en mantener el buen estado de salud de mis pacientes y curarlas definitivamente. Por eso contraté el vigilante y compré los perros.

—Además de construir la valla.

—Por la noche, está electrificada. No con una corriente mortal, pero sí lo suficiente para causar una buena sacudida al intruso que quiera asaltar una propiedad privada, aparte de que el menor contacto provoca el disparo de la alarma.

—En tal caso, sus pacientes despertarán sobresaltadas…

—Es una alarma casi silenciosa y está instalada solamente en mi habitación y en las de mis ayudantes. Pero estábamos hablando de los motivos de su visita, señor Leach.

—Oh, sí, es cierto. Perdóneme, doctor… El nombre de la paciente es Dina Coogan.

—Coogan —repitió Carmody con aire pesaroso—. Lo siento terriblemente, abogado.

Leach se alarmó.

—¿Qué le pasa, doctor?

—Debo darle una mala noticia. La señorita Coogan falleció hace un mes.

Sobrevino una pausa de silencio. Carmody miró al visitante.

—¿No me cree? —preguntó.

—Por supuesto, doctor. ¿Puede decirme las causas del fallecimiento de la señorita Coogan?

—Insuficiencia cardíaca.

—Me gustaría ver su sepultura…

—Está en el cementerio de Green Lake, en una urna con sus cenizas.

—Ah, quemaron el cadáver.

—Ella lo pidió, cuando supo que se acercaba su última hora. Pero podrá visitar la tumba…

—Es suficiente, doctor.

Leach se puso en pie. De pronto, simuló recordar algo.

—Por cierto, doctor, tengo entendido que la señorita Coogan hizo realizar en efectivo parte de su fortuna personal —dijo.

—Cien mil dólares. Fueron un donativo para la clínica. Algunas de mis pacientes son personas que carecen de bienes personales y yo las trato gratuitamente. Pero los gastos son muy elevados, como puede comprender.

—Lógico, doctor. Gracias por todo. Ha sido usted muy amable.

—Me siento encantado de haberle ayudado, señor Leach.

La puerta del despacho se abrió en aquel momento.

—Oh, perdón, doctor; no sabía que tuviera visita… —dijo la mujer.

Leach se volvió maquinalmente. Aquella mujer era todavía joven, ya que pasaría muy poco de los treinta años, y tenía una figura de gran atractivo. El pelo, casi pajizo, estaba cuidadosamente

peinado, de una forma muy severa, aunque Leach observó que estaba aclarado más de la cuenta por el tinte. Los ojos, de color marrón oscuro, no estaban demasiado de acuerdo con el color del pelo.

—El señor Leach se iba ya, señora Scarborough —manifestó Carmody—. Ella es otro de mis ayudantes —añadió.

—Encantado, señora. Gracias de nuevo, doctor.

Leach emprendió el camino de regreso. Una vez más se cruzó con Zelda, quien continuaba todavía su ejercicio de marcha.

—Te vas a derretir —sonrió él.

—Falta me hace —contestó ella, sin suspender su paso gimnástico—. Ya me verás dentro de unas semanas, Barry.

—Así lo espero. Adiós, Zelda.

Cowdy le aguardaba junto a la puerta.

—Adiós, señor Leach —dijo.

Aquella frase, pensó el joven, tenía un claro significado: «No meta más las narices en este lugar».

Cowdy cerró a sus espaldas. Leach se volvió inesperadamente.

—Archie, ¿conocía usted a una tal Melitta Purcell? —preguntó.

El vigilante se sobresaltó, aunque de una forma apenas perceptible.

—No, nunca he visto a esa mujer —contestó.

—Gracias, Archie.

«Otra mentira más», pensó el joven, mientras recogía la nevera portátil y la silla de lona.

* * *

—Tengo malas noticias para usted, señorita Blunt —dijo Leach, aquella misma noche.

—Hace tiempo que temo lo peor. Dígalo sin rebozos, abogado —solicitó Joyce.

—Bien… Su amiga murió hace un mes.

—¿Murió o la asesinaron?

—He hablado con el *sheriff* de Green Lake. No hay motivos para dudar de las causas de la muerte de su amiga.

—Haré que exhumen el cadáver…

—Lo dudo mucho. El cuerpo de Dina fue incinerado después de su muerte.

—¡Así borraron las huellas del crimen! —exclamó.

—Pero, señorita…

Joyce lanzó una exclamación.

—Gracias, abogado. Envíeme la nota de sus honorarios —cortó ella fríamente.

—Escuche un momento, por favor. No le cobraré nada por este trabajo, ya que yo también tenía interés en saber qué sucede en esa clínica. Recuerde lo que me sucedió con Melitta Purcell.

—Y bien, ¿qué ha averiguado?

—Pregunté por ella, pero negaron conocerla. No obstante, sospecho que estuvo allí.

—Pero no puede confirmarlo.

—Por ahora, no. Sin embargo, espero conseguirlo más adelante.

—¿Cuándo?

—Oh, tardaré bastante. Dos o tres meses.

—¡Eso es disparatado! ¡Demasiado tiempo!… —protestó Joyce.

—Lo siento, pero no puedo hacer nada más. ¿Cree que no me gustaría a mí también saber la verdad de lo que sucede en Wallis Farm? Pero actuar de modo irreflexivo no conduciría a nada.

—Entonces, yo investigaré por mi cuenta.

—No puedo impedírselo, aunque me permito aconsejarla…

—Gracias, señor Leach. Eso es todo.

—Todo, no. Óigame un instante y luego haga lo que le dé la gana. Usted no sabe qué espantosa sensación se percibe cuando una persona a la que se considera más que amiga, quiere acuchillarle a uno por la espalda, y lo que se siente al ver que esa persona, descubierta por pura casualidad, se tira desde el piso veintidós de un edificio. Si no ha pasado por ese trance, es que no tiene idea del estado de ánimo en que puede quedar después la persona que lo ha padecido. Pero, por eso mismo, porque tengo interés en saber qué le ocurrió a Melitta, porque quiero un día averiguar si Dina Coogan murió verdaderamente de un ataque cardíaco, estimo que debo dejar pasar un par de meses, por lo menos, antes de intentar actuar de nuevo.

Joyce se sintió muy impresionada al escuchar aquellos argumentos.

—Bien, quizá tenga razón, pero, al menos, dígame, ¿cuál es su plan? —quiso saber.

—Lo siento, no puedo contestarle por ahora… salvo que, en la

próxima ocasión, procuraré estar prevenido, para que no ocurra de nuevo un segundo caso Purcell. ¿Lo entiende?

—Casi —respondió Joyce—. De todos modos, voy a procurar hacer investigaciones por mi cuenta, con la mayor discreción.

—No puedo impedírselo, aunque sí le recomiendo un máximo de precauciones —dijo él.

—Seré cauta —prometió la joven.

CAPÍTULO IV

DOS meses y medio más tarde, Leach, al hojear una vieja revista en la sala de espera del odontólogo, al que había acudido para empastar una muela todavía en buenas condiciones, tropezó con una fotografía que llamó especialmente su atención.

La imagen representaba a una hermosa muchacha, retratada de cuerpo entero y en traje de baño. El pie de la fotografía decía:

«Carla Franks, desaparecida misteriosamente el 15 de mayo último, sin que haya vuelto a saberse de su paradero. Las autoridades han desistido de su búsqueda. Su familia, sin embargo, pagaría 5000 dólares a quien les ofreciera una buena pista para localizarla».

Leach contempló la fotografía durante largos minutos. No era por la recompensa en sí, sino por la joven retratada.

La había reconocido instantáneamente. Era la bella muchacha a quien había visto en la estación de servicio meses antes, recibida en persona por el doctor Carmody.

Obedeciendo a su instinto, recortó la fotografía con las manos y la guardó en uno de sus bolsillos. El pie impreso traía la dirección de la familia de la desaparecida.

Después de la cura, volvió a su despacho. A mediodía, recibió una llamada.

—¿Señor Leach? Soy Bart Jones. La señora Ames ha regresado ya.

—Estupendo, Bart, muchas gracias. No me olvidaré de usted.

Leach marcó un número a continuación. La propina que había dado meses antes al conserje del suntuoso edificio donde vivía Zelda, había producido sus efectos.

Zelda había regresado. Ahora convenía hablar con ella. En aquel tiempo, Zelda habría podido observar muchas de las cosas que sucedían en Wallis Farm, calculó.

La voz de la mujer sonó a poco en sus tímpanos:

—¿Quién es?

—Zelda, te vi hace tiempo sudando grasas al aire libre. ¿Lo recuerdas?

—Oh… ¿Barry?

—El mismo. Escucha, Zelda…

—¡Barry, no sabes qué alegría me das! Precisamente pensaba yo en llamarte, aunque no me sentía del todo resuelta…

—¿Por qué, preciosa?

—Bueno, tú eres mucho más joven y, seguramente, te gustarán las chicas todavía más jóvenes… Pero me hubiera gustado darte una sorpresa, te lo aseguro.

—Bueno, ¿a qué hora podrás dármela?

—Entonces, ¿vas a venir?

—Indícame la hora, es todo lo que necesito.

Zelda soltó un gritito de júbilo.

—Estaré lista a las siete y media en punto —dijo—. Sé puntual, vidita.

—Lo seré, descuida.

Leach volvió el teléfono a su sitio, intensamente preocupado. Unos años antes, había conseguido sortear el acoso de la madura y más que opulenta Zelda Ames. Ahora no tendría más remedio que ceder, si quería conseguir de ella las informaciones que deseaba.

Consultó el reloj. Eran todavía la una y media. Tenía tiempo de sobra, se dijo, mientras sacaba del bolsillo la fotografía arrancada de la revista hallada en el consultorio del odontólogo.

La mujer era de mediana edad y tenía el pelo gris y la mirada llena de amargura. No obstante, resultaba fácil advertir que la señora Franks, Lisa de nombre, era mujer de medios económicos más que desahogados.

—Sí, es cierto… —admitió Lisa—. Yo misma ordené insertar esa fotografía en muchos diarios, cuando vi que no tenía noticias de mi hija Carla. ¿Acaso puede usted decirme algo de ella, señor Leach?

—Señora, en estos momentos me es imposible garantizarle nada —respondió el visitante—. Lo único que deseo son detalles sobre los últimos momentos que Carla pasó a su lado.

—¿Es usted detective, señor?

—Algo por el estilo. Dígame, ¿qué motivó la partida de su hija,

señora Frank?

—Carla era muy independiente. Algunas de sus amistades no me gustaban y se lo hice saber, aunque no le prohibí reunirse con esas gentes. Pero ella no se lo tomó muy bien y dijo que se marcharía de casa apenas tuviese un empleo que la permitiese independizarse de mí. Un día la vi en mi escritorio redactando una carta. Carla no me permitió leerla, aunque luego sí pude encontrar el anuncio que había originado aquella carta.

—¿Lo conserva usted, señora?

Lisa asintió. La entrevista tenía lugar en el escritorio mencionado por ella. Abrió un cajón y sacó un recorte de periódico, ya amarillento, que entregó al visitante.

Leach leyó:

«Joven, no más de 25 años, elegante, buena figura, distinguida, se necesita para dama de compañía. Buen sueldo. No se necesita saber idiomas. Envíe carta con fotografía y una breve nota biográfica. Apartado de Correos 265, Green Lake».

Leach asintió.

—De modo que usted cree que Carla escribió…

—Sí. Dijo que había encontrado un buen empleo. Supongo que la aceptarían telefónicamente, porque no he encontrado nunca en el correo la carta del anunciante. Tal vez Carla dio otro teléfono o el anunciante llamó a una hora en que yo no estaba en casa.

—Comprendo. ¿Qué más, señora Franks?

—Bien, ella me dijo que ya escribiría desde su nueva dirección, que se negaba a darme por el momento… Yo sospecho que más bien ella misma la ignoraba, pero el caso es que pasó el tiempo y, al no tener noticias suyas, escribí al apartado citado en ese anuncio. La carta me fue devuelta, con una nota de la oficina de Correos de Green Lake, en la que me informaban que la persona que había solicitado dicho apartado, había cancelado ya el contrato y que se ignoraba su paradero.

—Y entonces fue cuando publicó el anuncio en la prensa.

—Sí, aunque primero avisé a la policía, pero me comunicaron un resultado negativo, después de lo que yo supongo fueron investigaciones de rutina. Hasta el momento, nadie sino usted ha respondido de una manera fiable al anuncio.

—Muchas gracias, señora Franks. Le diré una cosa. Hace algo

más de tres meses, yo vi a Carla en Green Lake, precisamente en la misma fecha citada en el anuncio. Por eso decidí visitarla a usted, al encontrar dicho anuncio en una revista, de una forma enteramente casual.

—De modo que vio a mi hija… —exclamó Lisa, ansiosamente.

—Sí, pero quiero pedirle una cosa, por favor.

—Lo que usted diga, señor Leach. Y si es dinero lo que necesita, estoy dispuesta a facilitarle una suma prudente para los primeros gastos.

—Gracias por la oferta, pero no he venido por el dinero. Lo único que deseo es que haga una cosa, si alguien le pregunta por Carla. Dígale, nada más, que ha tenido carta de ella y que se encuentra bien. Eso es todo, señora Franks.

—Lo haré —aseguró Lisa—. ¿Algo más?

Leach se puso en pie.

—Por favor, eso es todo. Señora, créame, la tendré en todo momento al corriente de mis investigaciones —prometió.

Lisa tomó la mano del joven con gesto lleno de vehemencia.

—Encuentre a Carla y tendrá mi agradecimiento eterno, que no expresaré sólo con palabras —dijo.

El joven sonrió ligeramente. No quería decir nada, porque, en cierto modo, ni siquiera tenía una base para sus sospechas…, pero pensaba lo peor de la suerte de Carla.

La puerta se abrió y una hermosa mujer, vestida seductoramente, con un traje negro, largo, miró sonriente al recién llegado.

Leach contempló a la dama y admiró fascinado el escote, audaz como había visto pocos.

Aunque el vestido era largo, en la parte anterior apenas si había dos pedacitos, menores que la palma de la mano, sujetos con unos hilitos negros a los hombros. Era lógico pensar que en la espalda aún había mucha menos tela.

—Perdón, señora, me he equivocado de puerta —dijo.

Ella alargó la mano.

—Vamos, Barry, entra, no seas tonto. ¿Tan cambiada me encuentras?

Leach se quedó con la boca abierta. De la Zelda Ames que él conocía a la que tenía delante, había una diferencia abismal.

«Quince años y veinte kilos largos menos», pensó.

Zelda soltó una risita y tiró de él hacia adentro.

—El doctor Carmody obra milagros —dijo—. Y yo soy uno de esos milagros.

Leach tragó saliva. No, no cabía dudarlo; era Zelda, aunque con un rostro y, una figura incomparablemente mejorados. Aquel rostro redondo y grasiento, los senos bolsudos, mantecosos, y las caderas descomunales, habían desaparecido por completo. La tez, asimismo, ofrecía un aspecto radiante, lleno de juventud.

—Es increíble —dijo él, cuando se hubo rehecho de la sorpresa —. Pero ¿qué es lo que han hecho contigo?

Zelda le ofreció una copa, a la vez que se le acercaba, insinuante.

—Me ha costado mucho dinero; es todo cuanto puedo decirte —respondió.

—Oh, vamos, Zelda, sabes que yo soy de toda confianza…

—Barry, ¿a qué has venido?

Leach pensó que era una pregunta muy razonable. No debía ser impaciente, se dijo.

—Muy bien, te lo voy a demostrar enseguida —contestó.

Dejó la copa a un lado y la abrazó. Zelda lanzó un gritito y se colgó de su cuello, buscando los labios de su visitante con la avidez de un hambriento.

—¿Qué te ha parecido, Barry? —preguntó Zelda más tarde.

—Diríase que has encontrado la fuente de la juventud —rió él—. ¿Es cierto?

Zelda se pavoneó delante del joven.

—¿No lo estás viendo? Sí, no resultó barato, pero ha valido la pena, me parece a mí.

—Lo creo. Zelda, en confianza, ¿no ha habido también algo de cirugía estética?

—Hombre, claro, un poco… Pero también he sudado lo mío, dando vueltas alrededor de la casa. Y, además, el doctor Carmody es un formidable psiquiatra, que supo inculcar en mi mente la idea de que debía rejuvenecer no sólo por fuera, sino por dentro.

—Con lo cual, los viajes al quirófano resultaron así más fáciles.

—Exacto. ¿Otra copa?

Leach alzó una mano.

—Aguarda —dijo—. Tengo la seguridad de que no estabas sola allí, me refiero a las pacientes, claro, no al personal de la clínica.

—Por supuesto. —Zelda citó tres o cuatro nombres—. Te lo digo a ti, por pura confianza, pero todas las pacientes nos juramentamos para no revelar a nadie nuestra estancia en Wallis Farm. No lo repetirás a nadie, ¿verdad, cariñito?

—Lo juro —contestó él.

Zelda se le aproximó nuevamente. Leach se dejó abrazar.

—Espera un segundo, por favor —rogó él, ante la volcánica acometida de su anfitriona—. Quiero que me digas si viste en Wallis Farm a una chica llamada Carla Franks.

—No, no la he visto ni sé quién es ni me importa en absoluto… —contestó Zelda, mientras mordisqueaba los labios de su visitante.

—Ya —murmuró él—. Y, dime, ¿costó mucho tu… nuevo aspecto?

—Ciento cincuenta, pero… ¿qué importa eso ahora?

«Ciento cincuenta mil. Para una mujer como Zelda, rica y sola en el mundo, una cifra semejante, si se tienen en cuenta los resultados, es una bagatela», pensó.

Zelda continuaba dándole suaves mordiscos. De pronto, el labio superior se desprendió, en parte, y quedó colgando a un lado.

CAPÍTULO V

LA dentadura y la encía superiores quedaron completamente a la vista. Un hililló de sangre se deslizó por el lado izquierdo del mentón de Zelda.

Sin poder evitarlo, Leach retrocedió un paso.

—¿Qué te sucede? —preguntó ella con voz farfullosa, a la vez que espurreaba sangre.

Leach tenía los ojos fuera de las órbitas. Un enorme mechón de cabello, junto con una buena parte del cuero cabelludo, colgó igualmente. En el brazo derecho se desprendió un largo colgajo de piel.

Zelda bajó los ojos. El seno izquierdo se desprendió en parte, pero quedó sujeto por la pieza de tela que lo cubría. Un horripilante alarido brotó de sus labios.

—Me desintegro —aulló.

Leach no sabía qué hacer.

—Espera, llamaré a un médico…

La ceja derecha de Zelda cubrió de pronto el ojo de aquel lado. La sangre corría ya por todo su cuerpo, en el que la piel, por numerosos sitios, se desprendía como si fuese la envoltura de un plátano.

Zelda aullaba de un modo horroroso. Leach sentía enormes náuseas. De pronto, ella corrió hacia el dormitorio, dejando a su paso un largo reguero de sangre.

Leach reaccionó.

—¡Zelda! —gritó.

Desde el dormitorio, ella contestó:

—¡Barry, véngame de ese maldito Carmody!

El joven dio un par de pasos, pero se detuvo en seco al escuchar un estampido.

Tapándose la cara con ambas manos, permaneció en el mismo

sitio, tembloroso como hoja azotada por el vendaval. Compadecía a Zelda, pero, al mismo tiempo, comprendía su decisión.

Algo había sucedido, se dijo. Algo había fallado en el tratamiento de Carmody. Pero ¿por qué se había iniciado en Zelda aquella especie de desintegración?

Meditó unos momentos, mientras procuraba serenarse. Ni siquiera se atrevía a asomarse al dormitorio.

De pronto, recordó a Melitta Purcell.

También Melitta se había suicidado, aunque por un motivo muy distinto. Y, sin embargo, no le había ocurrido nada antes.

Pero ¿qué pasaría si le encontraban junto al cadáver de Zelda?

Una vez había salido ya bien librado. Ahora, todo se pondría en su contra.

Tal vez le acusarían de torturador, de sádico… Incluso dirían que Zelda se había suicidado por no poder soportar el dolor del tormento…

Pero de lo que no había la menor duda era de que corría el riesgo de verse en la cárcel para el resto de sus días.

Maquinalmente, se secó en la ropa el sudor de las manos. Por fortuna no había pisado la sangre.

Era un tanto a su favor. Otro, pero en contra, eran las posibles huellas dactilares.

Y algunas colillas, que no tenían señales de carmín en la boquilla del filtro.

Procuró recordar cuidadosamente los objetos que había tocado con las manos y los limpió con la máxima atención. El departamento de Zelda, por otra parte, tenía la ventaja, además del lujo, de una perfecta insonorización, lo que había evitado que los demás inquilinos de la misma planta oyesen la detonación.

Al cabo de unos momentos, seguro de haber borrado todo rastro de su paso por el lugar, se dirigió hacia la puerta.

Lo más difícil era atravesar, sin ser advertido, el vestíbulo del edificio. A la ida, el conserje, que no era su amigo Jones, sino el del turno de tarde, no le había visto. Leach recordaba muy bien el detalle, aunque entonces no le había concedido ninguna importancia.

Bajó en el ascensor hasta la primera planta y salió fuera. Cuando vio que el conserje abandonaba momentáneamente el ascensor,

cruzó el vestíbulo y salió a la calle.

Maquinalmente, consultó el reloj. Eran las nueve y media de la noche.

Lo primero que hizo fue buscar una cabina telefónica. Joyce Blunt contestó en el acto a su llamada.

—¿Tiene ahora algún compromiso? —preguntó él.

—No. ¿Por qué lo dice?

—Entonces, espéreme; voy a su casa.

* * *

Joyce escuchó llena de horror el espeluznante relato que le hizo el joven. Cuando terminó, comprensiva, preparó café en abundancia. Sugirió a Leach comer algo, pero él se negó rotundamente.

—Seré claro; vomitaría en el acto —dijo.

—Le creo —respondió ella comprensivamente—. Pero no ha avisado a la policía, me parece.

—¿Cómo quiere que lo hiciera? Después de lo que me pasó con Melitta Purcell… Ahora dirían que me había ensañado salvajemente con Zelda… No, he tenido que obrar así, obligado por las circunstancias. Estoy seguro de que Zelda comprendió en un instante lo horrible de su situación. Debía de saber que aquella especie de desintegración ya no se podía detener y que acabaría muriendo en medio de horribles sufrimientos. Por eso eligió la vía más rápida, pero me pidió también que la vengase de Carmody.

—Luego Carmody es el culpable —dijo Joyce.

—Sí, pero no tenemos la menor prueba de ello. Es preciso que encontremos esas pruebas a toda costa. Usted, recuérdelo, dijo que quería hacer algo y yo le pedí paciencia durante dos meses o cosa así. ¿Entiende ahora los motivos de mi petición?

—Sí. Quería esperar a que Zelda abandonase la clínica.

—Justamente. Allí no podía preguntarle nada y, además, había iniciado el tratamiento dos semanas antes.

Todavía parecía una foca… y, desde luego, aparentaba exactamente la edad que tenía.

—¿Cuántos años, Barry?

—Cuarenta bien corridos. Pero a las siete y media, no parecía tener más de treinta. Y la figura, aunque llenita, era muy atractiva.

Joyce sonrió.

—No se enfade…, pero sospecho que usted siente cierta debilidad por las mujeres —comentó.

—Nunca lo he negado —rezongó él—. Sin embargo, todo tiene su límite. Hace unos cinco años, Zelda me acosó bastante. Lo que sucedía entonces era, aparte de su edad, pues que andaba ya por los ochenta kilos… y, además, saltaba a la vista, chorreaba grasa al menor movimiento. Pero ahora… Se lo aseguro, Joyce, era un cambio fantástico. Ella dijo que era un milagro de Carmody, aunque, por supuesto, antes de que empezara a caérsele el labio superior y dejase la dentadura y la encía al descubierto.

—Por favor, no entre en detalles —pidió Joyce, a la vez que se ponía una mano en la boca—. Dígame sólo qué debo hacer y le ayudaré con muchísimo gusto.

—Está bien.

Leach sacó el recorte de periódico que le había entregado la señora Franks.

—Su hija, Carla, contestó a este anuncio y fue a Green Lake. Esto es absolutamente seguro, porque yo vi a Carmody bajar a recogerla a la estación de servicio, la primera vez que llegué a Wallis Farm. Lo que le pido es que lea atentamente todos los periódicos, todas las revistas, semanarios, quincenales, mensuales… en las páginas de anuncios personales y demás. Quizá, en alguna parte, encuentre un anuncio parecido. ¿Lo ha comprendido?

Joyce se mordió los labios.

—Dina Coogan no fue a Wallis Farm por dinero precisamente, ni por buscar juventud o una silueta atractiva —observó.

—Tenía de todo: dinero, juventud y belleza. También Carla, pero ésta no iba a someterse a un tratamiento psiquiátrico, sino que había conseguido un empleo como dama de compañía.

—Eso es cierto. Bien, pero ¿qué hago si encuentro el anuncio?

—Escribir solicitando el empleo y avisarme en el acto.

—¿Y después?

—Mañana pienso yo ir a Green Lake. Estaré unos días ausente, explorando las inmediaciones de la clínica con la mayor discreción. La llamaré en cuanto regrese.

Leach se puso en pie. Joyce movió una mano repentinamente.

—¡Aguarde! —dijo.

Él la miró con ojos inquisitivos.

—¿Sí?

—Barry, ¿está seguro de que no le han visto al entrar y salir de casa de Zelda?

—Moderadamente seguro.

—El conserje le avisó a usted de que Zelda había vuelto.

—Sí, pero era Bart Jones y tenía el turno de la mañana. Esta tarde había otro.

Joyce sonrió.

—En tal caso, voy a arriesgar mi reputación; pero, como le considero inocente, no quiero que padezca por algo de lo que no tiene la menor culpa. Le guste o no, se quedará en mi casa… y si alguien me preguntase, diría que está aquí desde las siete. Pero eso le obliga a usted a una cosa, Barry.

—Dígame y lo haré con mucho gusto.

—Eso es, precisamente, lo que dudo, aunque no tiene otro remedio que esforzarse. A la policía podría parecerle extraño que viniese a mi casa a las siete y no probase un solo bocado.

Leach agarró la botella y se sirvió una copa, que despachó de un trago.

—Voy a ver si pongo el estómago en condiciones —dijo.

Joyce sonrió.

—Yo ya he cenado, pero voy a disponer todo para que quede, por si acaso, como si hubiéramos cenado juntos —manifestó, a la vez que se encaminaba hacia la cocina.

—¡Joyce! —llamó él—. ¿Tiene usted algún sedante en casa?

—Sí, pero no suelo usarlo sino en rarísimas ocasiones…

—Tendrá que darme un par de tabletas. Ése será el postre de mi cena.

Joyce emitió una sonrisa afectuosa. Sí, Barry había visto algo horrible y le convenía dormir profundamente, para que aquellas espantosas imágenes se borrasen de sus ojos.

Al día siguiente, cuando el sol se acercaba ya al horizonte, Leach detuvo el coche en una pequeña barrancada, fuera del camino que conducía a Wallis Farm.

Había abundantes matojos espinosos. Con un poco de suerte, el automóvil pasaría desapercibido a los ojos de cualquier viandante, aunque era de suponer que no serían muchos los que se acercasen a Wallis Farm después de haberse hecho de noche.

La distancia a la clínica era de unos ochocientos metros. Dejó el coche en una posición estudiada de antemano y sacó un chaquetón, una bolsa con un termo lleno de café y unos prismáticos.

Luego, paso a paso, caminó en dirección a Wallis Farm. Cuando ya avistaba la valla, se separó a un lado y trepó por la ladera, hasta quedar a unos sesenta o setenta metros de altura sobre el camino.

Eligió un lugar cómodo. Había unos arbustos que podían ocultarle a una eventual observación por parte de Cowdy o de otro de los habitantes de la clínica. Dejó el chaquetón y el termo en lugar seguro y se tendió en el suelo, boca abajo.

Ahora, la distancia, se había reducido a unos trescientos metros. Los prismáticos le hacían ver la casa con los menores detalles.

Había una gran sala en la planta baja, en donde varias personas se encontraban en torno a una mesa. Leach identificó a Carmody, la señora Scarborough y Wraxton, el primer ayudante; pero, en cambio, no supo reconocer a las tres mujeres de mediana edad que completaban el resto de los comensales.

Aquellas tres mujeres, sin embargo, parecían adineradas. Leach se preguntó cómo habían llegado hasta la clínica. ¿Qué procedimiento empleaba Carmody para atraer a sus clientes… tal vez después sus víctimas?

El tiempo pasó lentamente. La reunión se deshizo. Leach vio a dos de las pacientes en sus respectivas habitaciones del primer piso. Una de ellas se tendió en la cama con un libro. La otra se sentó frente al televisor.

De Carmody no había el menor rastro. Leach continuó la observación.

A las once de la noche, la tercera paciente subió a su dormitorio. Leach apreció que se tambaleaba, como si estuviese ebria. La mujer llegó difícilmente a la cama, en la que se derrumbó como una masa inerte.

Carmody siguió ausente. Media hora más tarde se encendió una luz en una de las ventanas, en realidad la puerta de un dormitorio que daba a la terraza cubierta del primer piso. Una mujer apareció en su campo visual.

Era la señora Scarborough. Leach vio que se quitaba la mayor parte de sus prendas, quedando solamente con el sujetador y los pantaloncitos. Entonces, un hombre entró y se acercó a ella.

Wraxton la abrazó. La mujer le besó apasionadamente.

A los pocos momentos se apagó la luz. Leach movió la cabeza.

—Si lo supiera el doctor —murmuró.

Pero quizá Carmody lo sabía y no le importaba en absoluto.

* * *

Transcurrieron tres horas más. En la casa reinaba un silencio absoluto.

Leach descendió unos metros, a fin de ocultarse, para tomar unos sorbos de café y fumar un cigarrillo. Luego regresó a su puesto de observación.

De pronto, entrevió una sombra en las cercanías de la valla. El gruñido de unos canes llegó a sus oídos.

«Cowdy no descansa», pensó de inmediato. Súbitamente, oyó una voz de tonos normales:

—¿Archie?

—Aquí, doctor —contestó el vigilante.

Carmody y el otro hablaban casi en voz baja. No obstante, la hora y la tranquilidad de la atmósfera, permitían una fácil propagación de los sonidos.

—Traigo comida para «Brookie» y «Ned» —dijo Carmody—. Suéltalos, Archie.

—Sí, señor… ¡Doctor! —exclamó Cowdy bruscamente:

—¿Qué pasa, Archie?

—Pero… esa clase de comida…

Carmody rió de una forma estremecedora, siniestra.

—Archie, conviene que los perros se habitúen a cierta clase de… de comida. De este modo, si un intruso logra atravesar la valla, morderán con menos remilgos.

—Sí, sí, doctor…

El sonido de la deglución de saliva llegó claramente a oídos de Leach. Casi en el mismo instante, se produjo otro sonido.

Eran huesos partidos y destrozados por unas potentes mandíbulas. De repente, Leach concibió una horrible sospecha.

Casi se mareó.

«No, no puede ser…», pensó, espeluznado.

Pero el instinto le dijo que los huesos que crujían en las mandíbulas de los fieros *doberman-pinscher* no eran de un animal precisamente.

CAPÍTULO VI

—YA he vuelto —dijo Leach, tres días más tarde.

—¿Voy o viene? —preguntó Joyce.

—Prefiero ir yo. Así me verán más por las inmediaciones de su casa.

—Es una buena idea. A propósito, nadie me preguntó por usted.

—Me quita un peso, Joyce. Bien, llegaré lo más pronto que pueda.

Media hora más tarde, Leach se reunía con la muchacha.

—He encontrado el anuncio —manifestó Joyce.

Leach lo estudió detenidamente.

—Es muy parecido al otro, aunque han cambiado el número del apartado de Correos —observó.

—A mí me parece que han debido tener otros varios apartados en distintas ciudades de los alrededores de Green Lake. Suponiendo que hayan necesitado más… damas de compañía.

—Es probable —convino él—. Escriba cuando pueda, Joyce.

—Mañana —respondió la muchacha—. Ahora, dígame, ¿qué ha visto usted en Wallis Farm?

—Algunas cosas no las he visto, sino que las he oído —dijo Leach, pensando estremecido en los perros—. En ese lugar pasan cosas horribles.

—Estoy segura de ello, pero temo que no vamos a poder descubrir jamás al culpable…, quiero decir, probar su culpabilidad.

—No se dé por vencida de antemano. Yo tengo algunas ideas sobre el particular y es muy probable que den resultado. De todos modos, mientras contesta Carmody, usted se va a entretener en una labor un poco fastidiosa.

—Sí, Barry.

—¿Ha encontrado más anuncios como éste en otros diarios?

—No, sólo en el *Saint Louis Dispatch*. El anuncio es muy reciente,

sólo de cuatro días.

—Perfectamente. Tiene que ir a la redacción del periódico y pedir en el archivo que le dejen los volúmenes con los ejemplares atrasados, desde seis meses, por ejemplo.

Entonces, tomará nota de las fechas en que fueron publicados anuncios similares. De todas las fechas, ¿comprende? Y también deberá anotar otros apartados de Correos si los hubo.

—Bien, así lo haré. ¿Qué sucedería si me contestasen afirmativamente?

—No lo sé, Joyce. Por un lado… me gustaría pedirle que fuese a Wallis Farm, es decir, suponiendo que la respuesta a su carta fuese afirmativa. Pero por otro, tengo un pánico espantoso… ya que aquélla es la casa de «irás y no volverás».

—Hay dos mujeres, por lo menos, que sí han vuelto —recordó ella.

—Cierto, pero mire cómo acabaron. No; habrá que pensar algo que no sea aceptar la colocación. Por supuesto, mientras usted hace eso, yo tengo también mi parte de trabajo.

—¿Qué es, Barry?

—Zelda me citó nombres de tres o cuatro señoras que estaban tratándose en Wallis Farm. Uno de esos nombres me suena bastante, aunque no me acuerdo en estos momentos dónde lo he leído. Supongo que en las revistas de sociedad, pero sin fijarme demasiado en ello. Tendré que repasar muchas de esas revistas, a fin de conseguir datos sobre el particular.

—¿Cómo se llama esa mujer? —preguntó Joyce.

—Bea Forster. Supongo que debe de ser rica…

—Carmody no acoge a las pobres en su clínica —sonrió Joyce—. Bea Forster tiene una fortunita más que regular y es bastante casquivana, por no decirlo de otro modo. Hace algunos meses, tenía como protegido a un artista muy joven. El artista hizo una exposición, pero no vendió siquiera un catálogo de sus obras. Bea le despidió… Claro que él estuvo viviendo dos años a cuenta de su mecenas.

—Creo que entiendo.

Esas mujeres, como su pobre amiga Zelda, son, a pesar de todo, solitarias que no han conseguido nunca afectos duraderos. Ahora están en la madurez, alejándose día a día de la juventud… y

quieren recobrarla a toda costa, no importa el precio que hayan de pagar por ello. Seguramente, a Zelda le parecieron una fruslería los ciento cincuenta mil dólares que dio por rejuvenecerse.

—Sí, pero ¿por qué le duró la juventud tan pocas horas?

—Lo ignoro. Eso sólo podría aclararlo el doctor Carmody, y no va a decirlo al primero que se lo pregunte.

—Es verdad —reconoció Leach la sensata respuesta de la muchacha—. Por cierto, ¿qué dicen los periódicos sobre la muerte de Zelda?

—Alguien estuvo en el apartamento después de usted.

Leach saltó en su asiento.

—¿Cómo?

—¿Es que no ha leído los periódicos?

—No. Estuve acampando al aire libre… Ni siquiera escuché las noticias…

—Se produjo un incendio en el departamento de Zelda y el cadáver apareció casi completamente carbonizado. La Policía supone que el ladrón entró a robar, se encontró con ella y la golpeó, aunque no lo suficiente para causarle la muerte. Pero, probablemente, creyó que la había matado y provocó el incendio a fin de ocultar su crimen.

—Es muy extraño. Un cuerpo humano no arde con tanta facilidad como supone la gente, y a menos que se incendiase todo el edificio…

—No, no fue así, y por fortuna los bomberos llegaron antes de que las llamas adquiriesen un incremento excesivo. Pero encontraron a Zelda muerta. El fuego quemó solamente su piel y parte de la carne más cercana a la epidermis. Por tanto, desaparecieron esos horribles colgajos que usted vio.

—¡Un momento! —exclamó él súbitamente—. Zelda se suicidó, pegándose un tiro. Yo lo oí…

—Pero no vio el cadáver.

—No, no tuve agallas para asomarme al dormitorio, después de las cosas tan horribles que había visto.

Joyce se mordió los labios.

—Barry, es muy probable que ella no apuntase bien —dijo—. Lo he leído acerca de algunos suicidas. A veces, el mismo nerviosismo de esos momentos les hace temblar el pulso. Zelda pudo muy bien

disparar sin buena puntería… Acaso la bala tal vez rozó su frente y ello, unido al *shock* causado al ver que su cuerpo se deshacía a pedazos, provocó en ella una pérdida momentánea de conocimiento. Si entonces llegó el incendiario, resulta fácil saber por qué la creen muerta a manos de un supuesto ladrón.

—Los periódicos no han hablado de la pistola.

—No. Yo pienso que se la llevó el supuesto ladrón. Y no creo que nos convenga avisar a la Policía sobre la verdad del hecho, ya que, al no encontrar la pistola, no se les ocurrió buscar el impacto de la bala en alguna de las paredes.

—Es un razonamiento muy lógico —convino él pensativamente —. Joyce, se me ocurre que el incendiario tenía algo que ver con Wallis Farm.

—Seguro, Barry. A él, tanto como a nosotros, no le convenía que se supiese la verdad de lo ocurrido. Carmody no quiere que nadie pueda enterarse del fracaso de su tratamiento en una de sus clientes… lo cual, indefectiblemente, llevaría al descubrimiento de otros crímenes.

—Esos crímenes son ciertos, pero va a ser difícil que se encuentren los cuerpos de sus víctimas. Alguna fue incinerada, pero otras…

—Otras, ¿qué, Barry?

—Otras han servido de comida para los perros —contestó él, conteniendo a duras penas las náuseas que sentía al recordar el horripilante ruido de huesos destrozados por unas potentes mandíbulas.

* * *

La mujer trotaba y resoplaba mientras corría a paso gimnástico en las inmediaciones de la valla. De pronto, oyó una voz al otro lado de unos arbustos:

—Señora Forster.

Ella dejó de correr en el acto.

—¿Eh? ¿Quién me llama? —exclamó, asombradísima.

—No se mueva de donde está, por favor —rogó Leach—. He venido a ayudarla.

—¿Ayudarme? Oiga, no sé quién es usted, pero no necesito su ayuda para nada…

—Por favor, señora Forster. Soy sincero, créame, se lo suplico.

—Bien, pero ni siquiera le conozco. ¿Quién es usted?

—Por el momento, prefiero ocultar mi nombre. ¿Recuerda a Zelda Ames?

—Oh, sí, desde luego. El doctor Carmody obró maravillas con mi amiga.

—Era amiga suya, ¿eh?

—Nos conocíamos desde hacía bastantes años, pero cuando salió de aquí, era una mujer absolutamente distinta. Claro que se marchó antes de terminar el tratamiento, pero se sentía muy impaciente y no quiso estar más días en Wallis Farm. De todos modos, ¿a qué viene este interrogatorio? ¿Es usted de la Policía, acaso?

—Señora Forster, Zelda está muerta.

—¡Dios mío!

—Voy a pedirle un favor. Siga su ejercicio. ¿Lo hace a diario?

—Sí, por supuesto.

—Volveré mañana a esta misma hora. No quiero que puedan sospechar de nosotros.

Trate de comportarse con entera normalidad… No mencione a nadie que Zelda está muerta.

—Pero ¿qué le ha pasado…?

—El tratamiento falló.

Bea tragó saliva.

—No… no puedo creerlo…

—Mañana le traeré pruebas. Por lo que más quiera, sea discreta.

Leach reptó hacia atrás, alejándose de la valla. Después de unos segundos de indecisión, Bea continuó su trote.

Minutos después, Leach llegaba a su coche, que había dejado en el mismo sitio que en la ocasión anterior. Para evitar ruidos comprometedores, puso el cambio de marchas en punto muerto, soltó el freno de mano y el automóvil, por simple gravedad, se deslizó hacia abajo. Leach salió al camino y recorrió todavía un par de cientos de metros antes de dar el contacto.

Al día siguiente, a la misma hora, volvió junto a la valla con unos recortes de periódicos en la mano.

Bea llegó instantes más tarde.

—¡Eh! —llamó suavemente.

—Estoy aquí —dijo el joven.

—Bien, ¿qué hay ahora?

—Cuidado. Fíjese en eso.

Algo voló por los aires y cayó al otro lado de la valla.

—Desate los papeles y guárdelos en el seno. Lea luego, cuando esté a solas en su cuarto —indicó Leach—. Mañana hablaremos de nuevo.

—Entendido.

—¿Ha mencionado nuestra entrevista?

—No, en absoluto.

—Bien, continúe disimulando, señora Forster. Adiós.

La tercera entrevista se celebró al día siguiente. Esta vez, sin embargo, Bea no se dio cuenta de que estaba siendo vigilada con unos prismáticos desde la casa.

Leach anunció su presencia. Bea dijo:

—Lo he leído todo. Es horrible…, pero eso no prueba que Zelda haya muerto por haber fallado el tratamiento.

—Entonces, ¿por qué provocar el incendio? Zelda tenía que aparecer carbonizada, para que no se pudiera ver el estado tan horrible en que había quedado. La piel se le caía a tiras, créame. Señora Forster, ahora que es tiempo, váyase de aquí. Hable con las otras pacientes. Abandonen la clínica. Esto es un antro de muerte, se lo aseguro.

—Sí, sí, me iré… Pero ¿qué pretexto puedo dar?

—La enfermedad de un familiar…

—No tengo familia, salvo algunos parientes lejanos y que, además, viven fuera del país.

—Entonces, alegue que es la enfermedad de alguna amiga íntima. Como sea, debe marcharse de aquí cuanto antes, insisto. Y lo mismo digo de las otras pacientes.

—Pero… pero ni siquiera tengo coche…

—Entonces, ¿cómo llegó a Wallis Farm? —preguntó Leach, desconcertado.

—Vine en un taxi hasta Green Lake. Allí me recogió Wraxton…

—Escúcheme. Hoy mismo le enviaré yo un telegrama urgente desde San Luis, firmado por una supuesta amiga suya, cuyo esposo la llama para que esté a su lado. En cuanto lo reciba, pida que la lleven a Green Lake, en donde alquilará un taxi. ¿Entendido?

—Sí.

—Hable también con las otras. Váyanse de aquí, es lo mejor que

pueden hacer Leach desapareció de aquel lugar, mientras ella, profundamente conturbada, reanudaba su ejercicio.

En la terraza superior, Carmody bajó los prismáticos.

—Tienes razón, Wraxton —dijo—. Bea Forster se ha parado y ha estado hablando con alguien.

—Es la tercera vez que sucede. Ayer la vi, después del ejercicio, y parecía muy afectada por algo. No sé qué habrá podido ocurrir…

—Registra su habitación. Yo me encargaré del resto.

—Está bien.

Carmody abandonó la terraza. Rhonda Scarborough estaba en una de las habitaciones del vestíbulo.

—Es probable que te necesite —dijo.

—Sí —contestó la mujer.

—Ve a la entrada. Cuando regrese Bea Forster, llévala a la sala de consulta.

—Perfectamente.

Wraxton llegó momentos después, con un puñado de papeles en la mano.

—Lea, doctor —dijo.

Carmody tomó los recortes de periódico. Al terminar, había profundas arrugas en su frente.

—Alguien se preocupa de nosotros. Tenemos que hacer algo, Wraxton.

—Sí, doctor.

Carmody reflexionó durante unos segundos. Luego, de pronto, se puso en pie.

—Voy a preparar una inyección —dijo.

CAPÍTULO VII

BEA FORSTER, acompañada de Rhonda, llegó a la sala de consulta.

—Me llamaba usted, doctor —dijo.

—Sí, señora Forster —contestó Carmody, con gran amabilidad—. Si no le importa, voy a hacerle algunos análisis. Señora Scarborough, por favor, ¿quiere limpiar el brazo izquierdo de mi paciente?

—Sí, doctor.

—Siéntese, señora Forster, por favor.

Bea obedeció. Tenía un miedo espantoso, pero sabía que debía disimular. Todo era cuestión de esperar veinticuatro horas más… Pasado ese tiempo, abandonaría aquel horrible lugar que, ahora lo veía, no era sino un antro donde se robaba y asesinaba a las mujeres demasiado crédulas.

La aguja penetró en su vena izquierda. Carmody la retiró al vaciar la jeringuilla y limpió el lugar del pinchazo con un algodón mojado en alcohol.

—¿Eso es todo, doctor? —preguntó Bea, entre aliviada y asombrada.

—Oh, debemos aguardar unos minutos —sonrió Carmody—. Luego le extraeré una muestra de sangre. Señora Scarborough, ¿quiere ofrecer un cigarrillo a la señora Forster?

—Sí, doctor.

Bea aspiró el humo. El cigarrillo cayó de sus dedos cuando apenas había consumido la mitad. El pentotal había obrado ya sus efectos.

Rhonda lo aplastó con el tacón. Carmody se situó frente a Bea.

—Señora, ¿con quién ha hablado estos días, durante su ejercicio de marcha gimnástica?

—No lo sé. Él no dijo nunca su nombre —contestó Bea con voz opaca.

—Pero es un hombre.

—Sí.

—Repita exactamente todo lo que le haya dicho ese hombre.

Bea habló durante unos minutos. Al terminar, Carmody se volvió hacia su ayudante.

—Rhonda, sospecho que deberá encargarse de Leach —dijo.

—Con mucho gusto, doctor —sonrió la ayudante—. ¿Qué le parece mejor?

—Bueno, usted posee lo suficiente para atraer a un hombre a… una entrevista íntima. Y yo le daré algo especial, para que se lo mezcle con su copa, por ejemplo.

—De acuerdo, doctor. ¿Qué piensa hacer con la señora Forster?

Carmody fijó la vista en la paciente, quien continuaba en la misma postura. Al cabo de unos momentos, meneó la cabeza.

—Es una lástima que su juventud se haya acabado ya —contestó.

Rhonda abandonó la estancia.

—Voy a prepararlo todo para mi marcha —anunció.

Pasados unos minutos, Bea abrió los ojos.

—Me he quedado dormida, doctor —sonrió.

—Sí, pero no tiene ninguna importancia. El análisis ha resultado satisfactorio, aunque no por completo. Debemos repetirlo.

—¿Ahora?

—Sí, señora.

Carmody puso una nueva inyección, ésta simplemente hipodérmica, en el brazo izquierdo de la mujer. Luego se retiró un par de pasos.

—Señora Forster…

—Dígame, doctor.

—Sabemos que ha hablado con Leach.

—No sé quién es ese hombre, doctor.

—Durante tres días, ha hablado con él a través de la valla. Ya no volverá a verle.

Bea se puso en pie.

—¡Lo ha asesinado! —gritó.

—Todavía no —sonrió Carmody—. Entonces, piensa matarlo.

—Sí.

Bea avanzó hacia la puerta.

—Voy a avisar a la Policía…
Carmody la sujetó por los hombros.
—Usted ya no saldrá de aquí —dijo.
Hubo un instante de silencio. Bea sentía un vivísimo terror.
—Quiero vivir… —gimió.
—Es tarde ya —dijo Carmody, fríamente.
De repente, Bea sintió una aguda punzada en el corazón. Sus piernas flaquearon.
—¡Ase… sino…! —jadeó.
Luego, de pronto, Bea dejó de ver imágenes. Cuando cayó al suelo, estaba muerta.
—He tomado notas de las fechas de los anuncios y de los distintos apartados de Correos —dijo Joyce.
—Magnífico.
—Y he recibido la respuesta a mi carta.
—A ver, démela.
Joyce entregó a su visitante una carta. Leach la leyó con infinita atención.
—Es curioso —dijo—. Debe ir a la estación de servicio, en donde alguien de Wallis Farm pasará a recogerla.
—Eso es.
—Pero no irá.
—Barry, alguien debe ir y descubrir la verdad.
Leach meneó la cabeza.
—Se lo prohíbo, Joyce —dijo—. Esto es todo lo que necesitábamos saber…
—¿De veras? Bien, ande, vaya a la Policía y cuénteles lo que pasa. Le tomarán por loco.
—Si va a Wallis Farm, tiene grandes posibilidades de no volver. No sé qué les pudo pasar a Dina y a Carla, pero el caso es que fueron allí y no volvieron.
—Alguna debe regresar, Barry —insistió ella.
Leach reflexionó durante unos momentos.
—Está bien, pero con una condición —dijo.
—¿Sí?
—Antes de que emprenda el viaje, yo compraré dos transmisores de radio, uno para usted y otro para mí. De este modo, podemos estar en contacto y yo la ayudaría, caso de que se viese en peligro.

—Es una buena idea, Barry —sonrió Joyce—. Pero un transmisor de radio abulta bastante…

—Oh, yo conozco a un amigo que vende maravillas en este aspecto. Para cortas distancias, tiene unos transmisores que no son mucho mayores que un reloj de pulsera corriente.

—Eso me tranquiliza —sonrió ella—. ¿Cuándo tendré ese apara tito?

—Ahora mismo saldré a encargarlo. Ya la avisaré por teléfono.

Leach se encaminó hacia la puerta.

—Tengo que invitarla a cenar un día de éstos —dijo.

—Aceptaré con mucho gusto, Barry.

—¿A pesar de que soy un hombre desprestigiado?

—Para mí, no —contestó Joyce.

—Gracias, pero… ¿sabe?, apenas tengo ya clientes. La muerte de Melitta fue mi ruina, tal como pronostiqué entonces.

—Usted se rehará, no le quepa la menor duda —vaticinó la muchacha sinceramente.

De pronto, cuando salía de la tienda de su amigo, con un paquetito en las manos, se tropezó con una hermosa mujer.

—Dispénseme, señora —murmuró Leach con acento distraído.

—No hay de qué… ¡Señor Leach!

El joven se volvió, asombrado de saberse reconocido en plena vía pública.

—Señora…

Ella le tendió una mano enguantada.

—Sí, soy la misma, pero llámeme Rhonda, por favor —dijo, con la más encantadora de sus sonrisas.

—Mil gracias, pero… no acabo de imaginármela aquí, en San Luis.

—¿Por qué no? He abandonado el empleo y he venido aquí a buscar otro.

—Ah, ha dejado ya al doctor Carmody.

—Sí. Tuvimos algunos roces y estimé lo más prudente despedirme de él, antes de que fuese demasiado tarde. No me costará mucho emplearme en cualquier hospital.

—Estoy seguro de que conseguirá el empleo, Rhonda.

—Además, haré algo que me ilusionó siempre: concluir mis estudios de medicina. Deseo llegar a ser algo más que una simple

enfermera.

—Muy lógico, Rhonda. ¿Me permite que la lleve? Tengo el coche ahí, estacionado muy cerca.

Rhonda hizo aletear sus espesas pestañas.

—Será un placer, Barry —dijo con voz acariciadora.

Media hora después, Leach dejaba a la mujer en las inmediaciones de una villa situada en las afueras de San Luis. Rhonda se apeó y volvió a dirigirle una intensa mirada.

—Me gustaría invitarle a una copa, Barry —propuso.

Leach vaciló un momento. De todos modos, se dijo, no tenía la menor prisa.

—Claro, con mucho gusto —sonrió.

Rhonda caminó delante de él, con incitante movimiento de caderas. Leach empezó a pensar en el uso de sus mejores armas masculinas, a fin de conseguir una información suplementaria acerca de Wallis Farm.

El interior de la casa era de buen gusto. Rhonda le enseñó un bar muy bien provisto.

—Voy a retocarme un poco —anunció—. Sírvase lo que más le agrade, Barry.

Leach se quedó solo en la estancia. Durante unos segundos, se dijo si el encuentro con Rhonda en una populosa ciudad no había sido demasiado casual. Pero luego desechó sus temores. A fin de cuentas, no tenía la menor prueba contra aquella hermosa mujer.

Y si obraba con un mínimo de habilidad, Rhonda podía facilitarle muchos datos de gran valor.

* * *

Rhonda volvió un cuarto de hora más tarde. Leach se quedó sin aliento al verla.

Debajo de la suntuosa *negligée* de color negro, había muy poca tela más. El opulento cuerpo de Rhonda estaba apenas velado por aquellos ropajes.

—Estoy sin respiración —confesó.

—¿De veras? —sonrió ella—. Eso significa que todavía conservo algún atractivo.

—Por favor… Usted volvería loco al más sensato.

Ella se le acercó, mirándole insinuantemente.

—Y usted, ¿es muy sensato?

—Psé, depende.

—¿De qué, Barry?

—De la compañía.

—¿Qué opina de mi compañía?

—Me inspira ideas… caníbales.

Rhonda exhaló una argentina carcajada.

—No me dé miedo, por favor —solicitó, mimosa.

Leach se acercó a ella.

—No me gusta dar miedo a las mujeres. Prefiero que confíen en mí.

Rhonda echó la cabeza hacia atrás, al sentir en su cintura el contacto de los brazos varoniles.

—Así no se puede confiar en un hombre —dijo—. Usted me hace sentirme muy débil, muy frágil.

—Me gusta que la mujer que esté conmigo se sienta débil y frágil —murmuró él, mientras mordisqueaba suavemente su oreja.

—Por favor —suspiró ella.

Los labios de la pareja se fundieron en un beso volcánico. Al cabo de unos momentos, Rhonda se separó, atusándose el cabello con una mano.

—Creo… que necesito una copa —dijo, jadeante.

—Los dos la necesitamos —sonrió Leach.

Rhonda se acercó al bar.

—Prepararé una receta de mi invención —dijo.

—No pienso dejarme una sola gota —prometió él—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. Habla sin miedo.

Leach se puso un cigarrillo en los labios.

—¿Te has sometido tú al tratamiento rejuvenecedor del doctor Carmody? —inquirió.

Rhonda lanzó una risita.

—Barry, ¿crees que lo necesito?

—Evidentemente, no.

La llama del encendedor se acercó al extremo del cigarrillo. Entonces, Leach observó un movimiento extraño de la mano derecha de Rhonda.

Una súbita sospecha invadió su mente en el acto. El encuentro no tenía nada de fortuito, pensó.

Inmediatamente, dejó el cigarrillo sobre un cenicero y se acercó a la mujer.

—Rhonda.

Ella se sobresaltó un instante, pero se volvió hacia Leach.

—¿Sí?

—Déjame comprobar… si es cierto que no necesitas rejuvenecerte.

Había una extraña sonrisa en los labios de Rhonda.

—¿Otra vez?

—Esta clase de pruebas no cansan jamás.

De pronto, Leach la abrazó con gran fuerza.

Rhonda se quejó débilmente, pero correspondió a la caricia con auténtico apasionamiento. Leach procuró entretenerla, mientras su mano derecha se movía con rapidez en el bar.

Ella se separó unos pocos instantes después.

—¿Qué tal la prueba?

—Fantástica, pero muy corta.

—Te dejaré seguir, después de una copa. Anda, bebe.

Leach tomó la copa. Rhonda hizo lo mismo. Mirándole fijamente, bebió de un trago el contenido del cristalino recipiente.

—Sabes preparar buenos combinados —sonrió él.

Rhonda, en cambio, permanecía muy seria.

—¿Qué te pasa? —preguntó Leach—. ¿Por qué no me dices nada?

De pronto, Rhonda se puso una mano sobre el estómago.

—Esto arde —se quejó.

Leach frunció el ceño.

—¿No era un narcótico? —preguntó.

—¿Cómo lo sabes? —gritó Rhonda.

—Bueno, pensé que querías narcotizarme… y cambié las copas.

Ella retrocedió un par de pasos. Ahora tenía: los ojos fuera de las órbitas.

—Voy a morir —gimió.

Y, súbitamente, cayó de rodillas.

Leach se sentía aterrado.

—Rhonda, si yo lo hubiera sabido, te juro que…

Pero ya no pudo continuar. Ella no le oía.

Acababa de desplomarse a un lado. Todavía respiraba

convulsivamente, pero unos segundos después, se quedó quieta.

Leach se puso en pie y contempló el cadáver con ojos de pánico.

—Ella quería matarme… —dijo, sin darse cuenta de que estaba solo.

Bruscamente, ocurrió algo horrible.

El cuerpo de Rhonda empezó a humear. Leves columnitas de humo brotaban a través de los encajes negros. Luego, la carne empezó a convertirse en una sustancia fluida, pastosa, que despedía un hedor insufrible.

Leach contemplaba aquella horrible transformación como si se encontrase víctima de una pesadilla. «No es cierto, no es cierto…», se decía una y otra vez.

Pero la mente le decía que estaba bien despierto. En pocos minutos, el cuerpo de Rhonda se convirtió en una repugnante masa de color gris rojizo, de la que brotaba una especie de niebla verdosa, cuyo olor revolvía el estómago.

Luego, en menos de un cuarto de hora, la pasta se convirtió en humo y, bajo los tules negros, sólo quedó un blanco esqueleto.

La dentadura, monda, sin la menor pizca de carne, componía una silenciosa risa macabra.

Tambaleándose como un beodo, incapaz de soportar más aquel horripilante espectáculo, Leach huyó de la casa, sintiendo que su mente estaba a punto de estallar, en una explosión de locura irreprimible.

A pesar de todo, consiguió llegar a su departamento sin demasiadas complicaciones. Lo primero que hizo fue buscar una botella. Inmediatamente, empezó a beber.

CAPÍTULO VIII

DESPERTÓ porque alguien le arrojó el contenido de una jarra de agua. La frialdad del líquido le hizo volver a la vida, pero sintió una horrible sequedad en la boca, aparte del tremendo dolor de cabeza, que le hacía creer tenía el cráneo traspasado por un hierro candente a la altura de las sienes.

Con ojos todavía turbios, vio a Joyce, plantada ante él, con las manos en las caderas y los pies separados.

—¡Muy bonito! —gritó ella, furiosa—. Yo esperando al señor toda la noche, como una tonta, mientras él se embriagaba repugnantemente. Ni siquiera fue capaz de echarse en la cama para dormir esa asquerosa borrachera.

Levantó la cabeza un poco y miró asombrado a su alrededor. Entonces se dio cuenta de que estaba tendido sobre la alfombra del *living*.

—Joyce…

Ella se alejó rápidamente y volvió con una segunda jarra de agua, que volcó in misericordiosamente sobre la cara de Leach.

—Por favor —gimió él—. Basta ya, Joyce; deje que me explique…

—¡No tiene nada que explicarme! ¡Ya he visto bastante!

Joyce dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Leach hizo un esfuerzo y consiguió sentarse en el suelo.

—Por favor… —llamó.

Joyce se volvió. Su hermoso rostro estaba encarnado por la indignación que la poseía.

—Tendrá que darme una buena explicación, para que le restituya mi simpatía —dijo.

—Sí, lo procuraré… Admito su cólera, pero…

Haciendo un gran esfuerzo, Leach consiguió ponerse en pie.

—Necesito ir al… al baño —tartajeó.

—Muy bien. Le prepararé mientras tanto un par de litros de café bien cargado. Pero no me pida nada de comer, ¿entendido?

—¡Comer! —repitió él, a la vez que se ponía una mano en la boca.

Joyce frunció el ceño.

Mientras Leach huía, tropezando con todos los muebles que encontraba a su paso, ella pensó en que algo horrible debía de haberle sucedido. No era hombre Barry capaz de beberse una botella entera, sin un poderoso motivo.

Inclinándose, recogió la botella, que estaba aún en el suelo, y caminó hacia la cocina.

Llenó una cafetera, encendió el fuego y luego buscó el pote del café. Mientras el agua hervía, consumió un cigarrillo, sin que su cerebro dejase de trabajar activamente.

Leach volvió media hora después, todavía pálido y desencajado. Joyce puso ante él una taza llena, pero dejando la cafetera a mano.

—Le convendrían mucho un par de aspirinas…

—Ya he tomado, gracias.

Joyce se sentó frente al joven.

—¿Se siente mejor? —preguntó, dulcificando la expresión.

Leach asintió.

—Joyce, ¿qué clase de demonio es Carmody? —murmuró.

—¿Por qué lo dice?

—Quiso envenenarme, pero la que murió fue ella…

—¿Quién, Barry?

—Rhonda, la señora Scarborough, la ayudante del doctor Carmody, según me dijo éste la primera vez que estuve en Wallis Farm. Me la encontré ayer tarde, cuando salía de comprar los dos transistores de radio.

—Debía de ser muy guapa —dijo Joyce socarronamente—. Barry, usted, en cuanto ve unas faldas, pierde la cabeza.

—¡No sea gruñona! Ella me dijo que se había despedido de Wallis Farm, por diferencias con Carmody. Añadió que buscaría un empleo en algún hospital, con objeto de terminar sus estudios de medicina, ya que quería ser algo más que una simple enfermera. Después de todo esto, ¿qué quería que hiciese yo?

—Seguirla como un perro falderillo, claro.

—Joyce, por favor… Admito mi debilidad hacia el sexo opuesto,

pero también tengo derecho a un juicio justo e imparcial.

—Entonces, exponga el acusado sus argumentos.

—Bueno, en los primeros momentos no tenía por qué dudar de las manifestaciones de Rhonda. Ahora veo que el encuentro no tenía nada de casual, pero entonces no me lo pareció así. Apenas cambiadas las primeras frases de saludo, ella ya dijo que se había despedido de Wallis Farm.

—Y usted picó en el anzuelo…

—Si hubiera sido al revés, usted también habría caído en la trampa.

Joyce hizo un gesto de asentimiento.

—Es probable que tenga razón —convino—. Siempre resulta útil contemplar los acontecimientos con los ojos del acusado. Las cosas se ven entonces de una forma muy distinta.

—Celebro su sensatez —dijo Leach—. Bueno, abreviando, acabamos en su casa y ella dijo que iba a preparar un combinado de su invención. Pero yo, acaso por instinto, no me fiaba del todo, y observé ciertas raras maniobras que me inspiraron sospechas. Lo que sucedió es que, en aquellos momentos, yo creía que Rhonda sólo pretendía narcotizarme, tal vez con la intención de que luego, algún cómplice, me llevase Dios sabe dónde…

—A Wallis Farm, probablemente.

—Sí. Lo que sucedió es que yo cambié las copas de sitio, sin que ella se diera cuenta.

—Y entonces, Rhonda bebió la copa que había preparado para usted.

—Exactamente.

—Por tanto, murió envenenada. Pero ¿fue tan horrible como para que viniera usted a su casa y se bebiese una botella entera?

Leach torció el gesto.

—Faltaba casi la mitad —rezongó—. Y usted no tiene una idea ni siquiera aproximada de lo que pasó después que Rhonda se hubo tomado el contenido de mi copa.

—¿Por qué no me lo cuenta, Barry?

Leach miró hacia la cafetera.

—Llene su taza —aconsejó.

Joyce obedeció. Minutos después, horriblemente pálida, miraba al joven con ojos desorbitados por el espanto.

—Eso es… increíble…

—Se lo juro, sucedió tal como he contado. En un cuarto de hora, sólo quedaron los huesos blancos y mondos…

—¡Basta! No siga o tendré que echar a correr al cuarto de baño… —gritó la joven.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Joyce, todavía pálida, dijo:

—Lo curioso del caso es que ni la radio ni los periódicos han dado la menor noticia sobre el suceso.

—Acaso no se sabe nada todavía —opinó él.

Joyce entrecerró los ojos.

—Se me está ocurriendo una idea —dijo.

—A ver, hable.

—¿Recuerda usted la casa a la que le llevó Rhonda?

—Sí, perfectamente. Eh, oiga, ¿no irá a decir que quiere ir allá? —se alarmó Leach.

—Eso es, justamente, lo que quiero decirle —confirmó Joyce, sin pestañear.

—Tiene aficiones macabras, ¿eh?

—No; sólo quiero comprobar si todo lo que me ha dicho es cierto.

Joyce se puso en pie. Leach extendió los brazos resignadamente.

—Por lo que veo, no confía del todo en mí —se quejó.

Ella volvióse, con la mano ya en el pomo de la puerta, y le dirigió una deliciosa sonrisa.

—El acusado debe demostrar sus argumentos con pruebas contundentes —respondió.

—Una prueba contundente sería un buen garrote —gruñó él.

—Conmigo, ni se le ocurra.

* * *

El coche se detuvo a unos cien metros de la casa en donde Leach había estado la tarde anterior.

—Pues no se ve el barullo de gente que suele producirse cuando se descubre un crimen —comentó la muchacha.

—Tal vez no lo han descubierto todavía —opinó Leach.

—Es posible.

—Y en tal caso, pueden relacionarnos…

—Vamos, no sea timorato. Usted es inocente; por tanto, no debe

temer nada.

Leach elevó los ojos al cielo. Luego echó a andar detrás de la resuelta Joyce.

Momentos después, llegaban frente a la casa. El jardín, observó él, aparecía bastante descuidado.

Durante unos momentos permanecieron en el exterior, contemplando el edificio, que aparecía con todas las ventanas cerradas. De pronto, sonó una voz femenina a pocos pasos de distancia.

—Si les interesa esa casa, yo puedo indicarles la dirección del agente.

Leach y Joyce se volvieron al mismo tiempo. Una mujer de aspecto agradable, con el pelo casi blanco, les miraba con expresión llena de simpatía.

—¿Acaso está en venta, señora? —preguntó Joyce.

—Sí, venta o alquiler, eso tengo entendido. Pero las cifras que piden son muy altas; por eso está la casa deshabitada. Perdón, soy Mildred Grayson —se presentó la mujer.

—Yo soy la señora Johnstone —dijo Joyce—. Él es mi esposo.

Mildred Grayson sonrió amablemente.

—Hacen ustedes una pareja muy simpática. Tendrán muchos hijos, se lo aseguro —contestó—. Ah, el agente se llama Randolph Geiser y vive en West Park Road, cuatrocientos. Adiós, hijos, ha sido un placer.

La anciana se marchó, apoyada en un bastón de ébano con puño de marfil. Pero, de pronto, se volvió hacia la pareja.

—Ah, se me olvidaba lo más importante. Por supuesto, yo no voy a influir en la voluntad de unos recién casados, pero si fuese yo la esposa, no entraría en esa casa por todo el oro del mundo. Hace años, se cometió un horrible asesinato. Ahí vivía un médico, del que todo el mundo decía hacía experimentos inconfesables. Mató a su esposa en uno de esos experimentos y acabó en la cárcel.

—Horrible —comentó Joyce.

—¿Cómo se llamaba ese médico, señora Grayson? —preguntó Leach.

—Halsthom. La condena, sin embargo, no fue muy grande, pero después de que lo encarcelaran ya no se le ha vuelto a ver más por aquí. Adiós, hijos.

Mildred Grayson se alejó definitivamente. Leach y Joyce cambiaron una mirada.

—Cada día se averigua una cosa nueva —murmuró él.

—Sí —admitió Joyce—. Bien, ¿entramos?

Leach avanzó a lo largo del sendero central. Luego, con mano insegura, hizo girar el pomo de la puerta.

Abrió. Lo primero que hizo fue aspirar el aire profundamente.

—No hay mal olor —dijo.

—¿Olía mal ayer?

—Espantosamente.

Leach asomó la cabeza.

—¡Caramba! —exclamó.

—¿Qué sucede?

—Pues… eso, que no sucede nada.

Joyce, impaciente, terminó de abrir la puerta.

—Oiga, aquí se ve todo en orden —exclamó.

—Sí…

Leach se sentía terriblemente desconcertado. Joyce, más decidida, recorrió todas las habitaciones de la casa. El joven no se atrevía a moverse de la sala donde había visto morir a Rhonda de una manera tan horrible.

El suelo aparecía completamente limpio. Ni siquiera se veía la *negligée* de gasa que Rhonda se había puesto para aparecer más atractiva a los ojos de su invitado.

Al cabo de unos momentos, Joyce volvió junto a Leach.

—He llegado a una conclusión —dijo.

—Será interesante, supongo.

—Ya sucedió algo parecido con Zelda Ames. Alguien pegó fuego a su departamento, pero fue porque no podía llevarse el cadáver. Aquí, en cambio, tenían más posibilidades.

—Cierto —admitió Leach.

—Por tanto, alguien les siguió a los dos. Luego vio que salía usted de la casa y ello le extrañó, porque, sin duda, contaba con que muriese, envenenado por Rhonda.

Afortunadamente, usted se salvó.

—Y después, ese sujeto entró y se tropezó con un montón de huesos, que hizo desaparecer…

—Dentro de una simple maleta, Barry.

Leach sintió una arcada.

—Así tuvo que ser —convino—. Tampoco a ellos les convenía que se encontrasen aquí unos restos que podían comprometerles gravemente. Incluso se llevaron la ropa que quedó sobre el esqueleto y limpiaron el suelo con todo cuidado.

—Eso es lo que debió de ocurrir, sin duda alguna. Ahora bien, es útil recordar que Carmody fue a parar a la cárcel, acusado de la muerte de su propia esposa.

—Pero entonces se llamaba Halsthom.

—Cambiar el nombre era lógico, en su situación.

Joyce respiró profundamente aliviada.

—Bien, en medio de todo, se ha librado usted de un nuevo compromiso —agregó—. Ahora sólo falta la investigación directa sobre el terreno.

—¿Insiste en ir a Wallis Farm?

—Más que nunca, Barry.

—Pero… puede correr peligro…

—He reflexionado algo estos días, sobre todo, después de leer los anuncios en los que pedían dama de compañía. En seis meses no hay más que cinco anuncios.

El sexto es el mío, lo cual debiera hacerle comprender a usted que, al menos durante unos días, yo no corro ningún peligro.

—Es decir, faltan cuatro o cinco semanas para que Carmody publique otro anuncio similar.

—Más o menos —sonrió ella—. Mañana iré a Wallis Farm, ya he telegrafiado a Carmody. ¿Tiene usted algún plan?

—Sí, pero se lo contaré por el camino. Vámonos ya.

Leach habló de nuevo cuando ya estaban en el coche. A Joyce le pareció bien la idea.

—Al menos, aguarde un par de días a que yo haya estudiado la situación interior de Wallis Farm —aconsejó.

—Muy justo —admitió él.

Al atardecer de aquel mismo día, llamó a casa de Bea Forster. Una voz de mujer, que luego se identificó como el ama de llaves, le informó de que la señora Forster había telefoneado, diciendo que aún tardaría un par de meses en regresar.

A Leach, aquella noticia se le hizo muy preocupante.

Después de lo que sabía, sentía las mayores aprensiones por la

suerte de Bea Forster.

CAPÍTULO IX

OCULTO por unos matojos, Leach, a doscientos metros de la valla, encendió su transmisor de radio. Segundos después, oyó la voz de Joyce.

—¿Barry?

—A la escucha.

—Estoy en mi dormitorio. Todo en orden, por el momento.

—Lo celebro.

—El doctor Carmody aparenta una rudeza simpática. Wraxton, su ayudante, es más adusto.

—Zorruno, diría yo.

—Sí, claro, pero es que hay zorros que resultan simpáticos.

—¿A qué ha venido a Wallis Farm? ¿A investigar o a buscar simpatías?

—No se sulfure, Barry —dijo ella riendo—. Sólo le contaba mis impresiones personales.

—Bien, siga.

—Hay una cocinera y una mujer que se cuida de la limpieza. Parecen fuera del juego. La mujer de la limpieza lleva pocos días en la clínica. Respecto de la cocinera no podría decir tanto. Tampoco es simpática.

—¿Qué hay de las pacientes?

—Sólo he visto a dos. Tengo entendido que hay otra más, pero debe de estar en proceso de curación. Carmody me indicó una puerta que no debía traspasar bajo ningún pretexto.

—El cuarto de Barba Azul —dijo Leach.

—Probablemente.

—¿Ha tomado alguna droga? ¿Le han hecho algún análisis orgánico?

—No. El doctor Carmody me ha encomendado que me limite a hacer compañía a las pacientes.

—¿Qué dicen ellas?
—Lo aceptan como una cosa natural.
—Muy bien. ¿Ha visto a Archie?
—Sí. Otro tipo poco simpático. Se pasa el día cuidándose de los perros. Al menos, me evita su presencia.
—De acuerdo. Ahora, fíjese bien en lo que voy a decirle. Sea discreta sobre todo, ¿entendido?
—¡Qué cosas tiene, Barry! Si no soy discreta, ya puedo despedirme de mi pellejo.
—Lindo pellejo, todo hay que decirlo. Joyce, tiene que buscar el interruptor del sistema de alarma.
—¿Para qué?
—Ya le expliqué mi plan. Cuando lo haya encontrado, acordaremos una hora para que pueda desconectarlo durante dos o tres minutos.
—¿Nada más? —se asombró ella.
—Suficiente. Quiero hacer un poco de guerra psicológica.
—No entiendo…
—Haga lo que le pido. Mañana, a esta misma hora. Adiós.
Leach cortó la comunicación y regresó al coche, que dejaba siempre en la misma posición, con el fin de poder regresar sin necesidad de arrancar el motor. De todos modos, pensó, si iba a volver en lo sucesivo a la misma hora, bien pasada la medianoche, debería dejarlo todavía más lejos. En el silencio de aquellos parajes, el ruido del motor de un automóvil podía oírse a más de mil metros de distancia.

* * *

Por la mañana, después de realizar algunos trabajos sin importancia, Joyce salió de la casa, dispuesta a dar un paseo. Dos de las pacientes realizaban sus ejercicios de *footing*.
Luego tendría que reunirse con ellas y soportar su charla.
Caminó tranquilamente, sin prisas, con aire enteramente natural. De pronto, un hombre le salió al encuentro.
—No se acerque a la valla, señorita —dijo.
Joyce arqueó las cejas.
—¿Qué pasa? ¿Acaso estoy prisionera, señor Cowdy? —preguntó, supuestamente irónica.
—Perdón, olvidé advertírselo. La valla está electrificada.

—Oh, sí que es fuerte…

—La corriente no es fatal, pero podría causarle un buen choque. Además, dispararía la alarma innecesariamente.

—¿Alarma?

—Sí. Hace bastante tiempo, intentaron entrar ladrones. El doctor mandó instalar la alarma para evitar sustos a las pacientes.

Joyce sonrió.

—Es comprensible —dijo—. Pero, supongo, en alguna ocasión se desconectará la corriente.

—Claro, cuando alguien tiene que entrar o salir. Dispénseme, señorita.

Cowdy se alejó. Joyce volvió lentamente a la casa, preguntándose dónde podría hallarse el interruptor que cortaba la corriente y anulaba la alarma.

Durante el resto del día, procuró buscar los lugares adecuados. ¿Estaba el interruptor en el cuarto dónde le había sido prohibida la entrada?

A media tarde decidió hacer un tanteo.

Llamó a la puerta del despacho de Carmody. Éste dio permiso inmediatamente.

—¿Desea algo, señorita Blunt? —preguntó el galeno, cortésmente.

—Sí, por favor. Dentro de unos días, me gustaría felicitar su cumpleaños a una amiga íntima. Si no le importa, desearía ir a Green Lake para enviarle un telegrama y un ramo de flores.

—Puede hacerlo el señor Cowdy, que es el que va regularmente a traer provisiones.

—Preferiría hacerlo yo, es decir, si no hay inconveniente. —Joyce trató de emplear su mejor sonrisa—. Por nada del mundo me gustaría hacer algo que le disgustase a usted, doctor. Hasta el momento, creo que es el empleo mejor que he tenido y no querría perderlo.

Carmody sonrió también.

—Creo que no habrá inconveniente —accedió al cabo—. Puede ir en la ranchera, con Archie. Dígaselo así de mi parte.

—Gracias, doctor, es usted muy amable. Le aseguro que aquí me encuentro estupendamente —agregó la joven—. Es un trabajo descansado y agradable, se vive en el campo, hay una atmósfera

limpia… Creo que he tenido mucha suerte al ser elegida de todas las solicitantes.

—Su solicitud me pareció la mejor de todas, señorita Blunt.

—Se lo agradezco sinceramente. Y, por favor, perdóneme que le haya interrumpido su trabajo…

—No tiene importancia, señorita.

Joyce volvió a sonreír y abandonó el despacho. Sentíase muy satisfecha, ya que creía haber encontrado el lugar donde se hallaba el interruptor de la corriente.

Detrás de la mesa de trabajo de Carmody había una gran estantería con libros. En uno de los estantes, dividiendo los libros en dos grupos, pudo divisar una especie de caja negra, mate, no muy grande y en forma de paralelepípedo. En la base había visto como una presilla, que supuso sería la de la tapa, que cubría el interruptor. Sería cosa de entrar allí en otro momento, cuando estuviese ausente el dueño del despacho.

Leach llamó a las dos de la mañana. Joyce dormía con el aparato de radio junto a la oreja, de modo que la voz del joven la despertó en el acto.

—Barry, creo que lo he encontrado —dijo.

—¿Seguro?

—Moderadamente segura. Mañana, durante todo el día, trataré de comprobarlo. ¿Cuál es el alcance de este transmisor?

—Unos tres mil metros.

—Bien, sitúese al oscurecer dentro de su radio de acción. Yo le diré algo.

—Estupendo. Y yo le indicaré a la hora que debe desconectar la alarma.

Joyce se movió mucho durante el día siguiente, simulando una actividad que le permitiese hacer creer a cualquier posible observador los deseos que sentía de conservar el puesto. A las seis y media de la tarde, vio que Carmody y Wraxton se dirigían hacia el cuarto prohibido.

Esperó unos minutos. Luego, con gran cuidado, se coló en el despacho de Carmody y corrió hacia la caja negra.

El botón inferior, en efecto, era el retén de la tapa de la caja, que se levantó por sí sola.

Adentro había una palanquita, con el extremo dirigido a una

placa roja.

—Eso significa que está conectada —murmuró.

Con el mismo cuidado, abandonó el despacho y luego se dirigió al salón, en donde se reunió con las dos pacientes. Poco más tarde, les avisaron para cenar.

Después de la cena, subió a su dormitorio y conectó la radio.

—¿Barry?

—Sí. ¿Qué hay?

—Confirmado lo del interruptor.

—Muy bien. Escuche, a las tres en punto, sitúese junto a él. Yo le diré cuándo debe desconectar y conectar de nuevo. ¿Entendido?

—Sí. Pero ¿qué pasará si me duermo?

Leach rió suavemente.

—Está bien, yo la despertaré. Pero tendrá que llevarse el transmisor consigo para que pueda recibir mis instrucciones.

—De acuerdo, Barry.

Joyce fue a su dormitorio a la hora habitual. Precavidamente, cerró con llave por dentro. Luego se cambió de ropa, poniéndose unos pantalones oscuros, *pullover* negro y zapatillas de suela blanda. Se tendió en la cama, leyó un rato y cuando sintió sueño, conectó el transmisor y apagó la luz.

Leach fue puntual. Apenas oyó su voz, ella se sentó en la cama.

—Voy a bajar al despacho —anunció.

—No hable hasta que se encuentre junto al interruptor. Si le es posible, no encienda ninguna luz. Cuidado con los tropezones con los muebles. Tantee con una mano antes de dar cada paso.

—Conforme.

Joyce abrió la puerta y aguzó el oído. El silencio era absoluto.

Sólo había una luz encendida en la planta baja, pero era suficiente para poder moverse sin dificultades. Joyce se sentía muy nerviosa, pero procuró dominarse y bajó con todo cuidado, dirigiéndose sin vacilar al despacho de Carmody.

Momentos después, alcanzaba su objetivo.

—Barry —llamó, con un cuchicheo—, estoy junto al interruptor.

—¿Sin inconvenientes?

—Ninguno.

—Bien, desconecte.

Joyce obedeció, preguntándose qué estaba haciendo Leach en

aquel momento. Los minutos que pasaron hasta que oyó de nuevo la voz del joven, le parecieron los más largos de su vida.

—Listo —dijo él—. Conecte de nuevo. Vuelva a su dormitorio.

—Está bien.

Joyce dejó todo tal como lo había encontrado. De pronto, cuando llegaba ya junto a la puerta, oyó unas voces al otro lado.

Una de ellas pertenecía a Carmody. Su interlocutor era Wraxton.

Joyce se sintió invadida por un terror espantoso. ¿Qué sucedería si el doctor y su ayudante entraban en el despacho?

De pronto, recordó algo que había visto durante los días anteriores. Atravesó nuevamente el despacho y se metió en el lavabo privado de Carmody. La puerta se cerró, justo cuando la otra se abría.

CAPÍTULO X

CARMODY y Wraxton entraron en el despacho, con toda despreocupación.

—Algo ha salido mal —dijo el primero—, y no acabo de encontrar la solución.

—Será preciso insistir, doctor —contestó Wraxton.

—Sí, pero ya empiezo a agotar el material. Pronto necesitaré más.

Wraxton soltó una risita.

—No se preocupe; ahora tiene nuevas existencias —dijo.

—De todos modos, prefiero esperar un par de días. Me llevaré estos apuntes a la cama.

—Pero es muy tarde ya, doctor.

—No tengo sueño, Wraxton.

Joyce respiró aliviada cuando se dio cuenta de que los dos hombres se disponían a salir.

De pronto, oyó nuevamente la voz de Wraxton:

—Doctor, ¿qué diablos pudo pasarle a Rhonda?

—Lo siente, ¿verdad?

—Hombre, era muy guapa…, pero no comprendo cómo falló.

—Leach es muy astuto. O ella más tonta de lo que nos imaginábamos y bebió de la copa que no debía. Vamos, olvídela; no era la única mujer del mundo.

—Sí, pero resultaba una colaboradora muy valiosa. Ya no podemos buscar otra…

—¿Quién sabe, Wraxton?

Los dos hombres se marcharon al fin. Joyce permaneció largo rato en el mismo sitio, hasta que tuvo la seguridad de que podía volver a su habitación sin ser vista.

A la misma hora, Cowdy hacía la ronda por el interior de la propiedad, con los dos perros atraillados. De pronto, creyó ver una

mancha blanca junto a la valla.

La curiosidad le hizo acercarse. Enfocó el haz de rayos luminosos de su linterna y, con gran asombro por su parte, vio un gran cartel blanco colgado de los alambres.

Estupefacto, leyó:

ALIMENTO ESPECIAL PARA LOS SABUESOS
LA CARNE HUMANA MÁS SABROSA
Y NUTRITIVA
¡CÓMPRELA EN LA CALLE PADWICK, 637!

Cowdy se quedó helado de terror durante unos segundos. Luego, reaccionó y, tras colgarse la linterna del cinto, alargó la mano hacia el cartel, pero entonces se acordó de que la corriente estaba conectada y rectificó el gesto en el acto.

De pronto, dio media vuelta y echó a correr, con los sabuesos. Minutos más tarde, aporreaba frenéticamente la puerta del dormitorio de Carmody.

Joyce no se había dormido todavía, debido a la excitación nerviosa que le había causado su incursión en el despacho del médico. Oyó el ruido que hacía el vigilante y se acercó a la puerta.

Carmody y el sujeto hablaron brevemente durante unos momentos. Luego, los dos hombres se precipitaron escaleras abajo.

De pronto, Joyce oyó la señal de llamada. Corrió hacia el transmisor.

—Barry, ¿qué ha pasado? —preguntó, alarmada—. Aquí hay bastante jaleo…

—Me lo esperaba. ¿No le dije que iba a empezar la guerra psicológica?

—Sí, pero…

—Simplemente, colgué un cartel en la valla. Quería que el vigilante lo leyese. Ande, acuéstese y no se preocupe de más.

Carmody y Cowdy atravesaron el terreno a todo correr. Había luna y Leach pudo verlos sin dificultad a través de los prismáticos.

Cowdy arrancó el cartel y lo hizo mil pedazos.

—Quémelos —ordenó el doctor.

—Sí, ahora mismo, pero ¿cómo diablos…?

—Eso es cosa de Leach —masculló Carmody—. Y si ha colgado el cartel, sin que sonase la alarma, es que alguien desconectó el

interruptor.

—No es posible, doctor.

—Ha tenido que ser así, Archie, no le dé más vueltas. Bien, ya averiguaremos quién ha sido el traidor. Archie, en cuanto se haga de día, vaya a Green Lake. Trate de ver si encuentra a Leach.

—Sí, señor.

Leach estaba a menos de trescientos pasos y pudo oír la conversación con absoluta claridad. Esperaba que no llegasen a sospechar siquiera de Joyce.

Pero Cowdy no le encontraría. Ya había tenido el buen cuidado de acampar muy lejos de Green Lake, hacia el Oeste, de modo que, para llegar a las inmediaciones de Wallis Farm, no tenía necesidad siquiera de entrar en la población.

Cuando los dos hombres se hubieron alejado, emprendió la retirada hacia el automóvil, que estaba a casi tres kilómetros de distancia. Media hora más tarde, se alejaba, dispuesto a pasarse el día durmiendo bajo la lona de su tienda de campaña.

Aquella misma tarde, Carmody, al cruzar el amplio vestíbulo, hizo una seña con la mano.

—¿Señorita Blunt?

Joyce empujaba el carrito con el servicio de té, que ella misma iba a servir a las dos pacientes en la sala de estar. Al oír la voz del psiquiatra, se detuvo en el acto, con la sonrisa en los labios.

—¿Sí, doctor?

—Usted me habló algo de felicitar a una amiga…

—En efecto, así es.

—¿Cuándo piensa ir a Green Lake?

—Pasado mañana, si no tiene inconveniente, doctor.

—Por la mañana, supongo.

—Sí, señor.

—Está bien, póngase al habla con Archie. Buenas tardes, señorita Blunt.

—Gracias, doctor.

Carmody se alejó. Joyce le miró con el rabillo del ojo.

El doctor entró en el cuarto prohibido. Joyce tuvo tiempo de ver una blanca pared y algo de metal muy brillante. ¿Un quirófano?, se preguntó.

Pero también había podido observar algo muy interesante. Para

entrar, Carmody había sacado una llave del bolsillo de su bata blanca. Luego, supuso, se cerraría por dentro…

—De modo que no puedo ver lo que hay en el cuarto de Barba Azul —murmuró.

Una idea se formó de pronto en su mente. Primero la rechazó y hasta llegó a olvidarla, mientras charlaba amigablemente con las dos mujeres que esperaban recobrar allí su juventud. Luego, sin embargo, la idea volvió de nuevo a su cerebro y empezó a tomar cuerpo, hasta que llegó a la conclusión de que debía ponerla en práctica.

Leach llamó a las tres en punto.

—¿Cómo va eso? —preguntó.

—Bien, todo normal… Cuénteme lo que hizo en la valla.

—Se lo diré cuando podamos reunimos. ¿Algo de nuevo?

—Pues, sí y no…

—Joyce, no me venga con acertijos —gruñó él.

—Barry, mire, lo primero que he de decirle es que tengo permiso para ir pasado mañana a Green Lake. Bien, dada la hora, ya será mañana. Dije que quería felicitar a una amiga…

—Si lo hace con intención de verme personalmente, ni lo sueñe. Además, yo no tengo mi campamento en Green Lake.

—Yo quería…

—Nada, lo dicho —cortó él enérgicamente—. ¿Qué más ha de decirme?

—El cuarto de Barba Azul. Voy a intentar entrar en él.

Leach meditó unos instantes.

—Barry —llamó la joven, impaciente.

—No me he ido. ¿Cómo piensa hacerlo, Joyce?

Ella se lo explicó.

—Es muy arriesgado —objetó Leach.

—Creo que debo intentarlo. Debemos enterarnos de lo que hay en el cuarto de Barba Azul.

—Muy bien, pero si lo consigue, no se deje el transmisor de radio. Yo estaré permanentemente a la escucha, porque supongo que intentará entrar a estas horas.

—Desde luego, Barry.

—Muy bien. Cuidado, Joyce; recuerde qué clase de comida da Carmody a sus perros.

Ella sintió un escalofrío.

—No me ponga los pelos de punta, por favor —rogó.

—Usted fue la que quiso entrar en el juego —le recordó él—. Por tanto, debe atenerse a las reglas… y esforzarse por ganar. Adiós.

Leach se marchó con el sigilo de costumbre. A Joyce le costó mucho dormirse, pero estaba firmemente dispuesta a realizar sus proyectos.

El día transcurrió con toda normalidad. Sin embargo, Joyce procuró en todo momento estar al tanto de los movimientos de Carmody.

A Joyce, en algunos momentos, le parecía que Carmody era el médico del infierno.

«Pero ¿necesitan “allá abajo” de un médico?», se preguntó a sí misma, con macabro humorismo.

A las dos de la madrugada creyó oír ruido en la planta baja. Corrió hacia la puerta y abrió una rendija.

—Las cosas no parecen marchar mejor —comentó Wraxton.

—Bueno, mañana haré un experimento más… De lo contrario, tendré que echar mano del nuevo material.

—Sí, creo que ya es necesario. Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, Wraxton.

Joyce cerró todavía más la puerta, si bien pudo ver a Carmody entrar en su dormitorio.

¿Se cerraba con llave por dentro?

Había un detalle en el que se había fijado muy especialmente. En el momento de acercarse a su dormitorio, Carmody empezaba a quitarse los botones de su bata blanca.

La prenda era algo anticuada, se abrochaba por delante y tenía un bolsillo superior y dos inferiores, laterales. La llave, estaba en el derecho inferior.

Decidió aguardar pacientemente el momento oportuno. Pasadas las tres de la mañana, sintió la llamada de Leach.

—Todavía no he conseguido nada —dijo—. Espere.

—¿Mucho tiempo?

—Un poco más. Siga a la escucha, Barry.

Dominando su nerviosismo, Joyce dejó pasar todavía otros treinta minutos. Aquella madrugada, Carmody no se había llevado

apuntes a la cama. Seguramente, estaría dormido ya, calculó.

Resuelta a todo, abandonó el dormitorio. En la casa reinaba un profundo silencio.

Paso a paso, se acercó a la puerta de la habitación de Carmody. Con los nervios en tensión, agarró el picaporte y lo hizo girar con infinita lentitud.

Casi estuvo a punto de gritar, al comprobar que la hoja de la puerta cedía sin dificultad.

El dormitorio estaba completamente a oscuras y permaneció unos momentos en el umbral, tratando de habituar sus pupilas a las tinieblas.

Hasta sus oídos llegaba el rumor de la sosegada respiración de una persona que dormía apaciblemente. Joyce se preguntó qué clase de mente era la de Carmody, en la que los remordimientos de conciencia no le impedían conciliar el sueño.

De pronto, divisó una mancha blanca. Deslizándose como un fantasma, avanzó hacia la bata y tanteó con las yemas de los dedos.

Pronto tocó un objeto duro, delgado y alargado. La llave era de forma anticuada.

Carmody no había juzgado conveniente cambiar las cerraduras de las puertas.

Con la llave en la mano, salió del dormitorio y cerró. Tuvo necesidad de apoyarse unos momentos en la pared. Le parecía que el corazón iba a estallarle y tuvo que ponerse la mano libre sobre el pecho. Estuvo así unos momentos, hasta que se serenó. Luego se encaminó en busca de la escalera.

Al llegar abajo, usó la radio:

—Barry, tengo la llave del cuarto de Barba Azul —anunció.

—Espléndido. Siga informando.

—¿Dónde está usted?

—A trescientos metros al oeste del camino y doscientos de la valla. ¿Se imagina mi posición?

—Sí.

—Entonces, ¡adelante y buena suerte!

Joyce inspiró y tanteó, hasta conseguir que la llave penetrase en la cerradura. Luego la hizo girar y abrió.

CAPÍTULO XI

LA habitación era muy grande y espaciosa. Medía más de veinte metros de largo por unos doce de anchura. Para Joyce, la estancia no era sino el resultado de haber reunido dos o tres habitaciones en una sola, mediante el simple expediente de derribar algunos tabiques.

Había una pequeña lámpara en el techo, que derramaba un suave resplandor sobre la estancia, en la que, por otra parte, reinaba una temperatura casi tropical. Joyce divisó un termómetro junto a la puerta. Marcaba 28 grados.

Había muchas cosas: una gran mesa de operaciones, un laboratorio, pantallas de observación de datos… y lo que parecía una gran caja de cristal, en forma de ataúd semicilíndrico, completamente transparente, bajo la cual se hallaba una mujer dormida.

La mujer estaba casi completamente desnuda, sobre un lecho con una colchoneta muy delgada y la cabeza reposando sobre una liviana almohada. Joyce se acercó, atraída por la curiosidad, y vio grandes parches de vendaje sujetos a distintas regiones de su cuerpo por tiras de adhesivo.

Varios tubos de goma atravesaban la caja de vidrio e iban a parar a la nariz, boca, brazos y tobillo izquierdo de la mujer. «Son tubos de alimentación y oxígeno», pensó. En la frente y barbilla de la mujer había también tiras de vendaje. De pronto, Joyce creyó reconocer a la paciente.

—Wendy Stone —murmuró.

Sí, otra dama madura y excéntrica, que buscaba rejuvenecerse mediante los procedimientos de Carmody. Era preciso reconocer que, al menos en aquel caso, Carmody estaba logrando resultados muy buenos.

—Barry, tengo una de las pacientes a la vista —informó.

—¿Quién?

—Otra mujer rica y madura. Wendy Stone.

—Me suena, aunque no la conocía personalmente. ¿Qué hace?

—Duerme artificialmente, supongo. Pero creo que rondaba el medio siglo, aunque ahora parece tener quince años menos.

—¿No acabará como Zelda Ames?

—Barry, yo no soy médico —contestó ella.

—Sí, lo sé. Siga informando.

Joyce habló durante unos minutos. Al terminar, dijo:

—Ya no sé qué contarle más… Hasta ahora, me parece, todo es legal… ¡Espere! —dijo de pronto.

—¿Ha visto algo?

—Sí, al fondo. Una puerta… Abriré para ver qué hay al otro lado.

Joyce echó a andar. La puerta era grande, más ancha de lo normal y su lado inferior estaba situado a unos veinte centímetros del suelo. Había una gran manija y la hizo girar con resolución.

Abrió. Una terrible bocanada de aire frío le dio en pleno rostro. Al mismo tiempo, se encendió una potente lámpara en el interior de lo que no era sino una enorme cámara frigorífica.

Dentro había varios estantes.

Y en los estantes…

—¡Oh, Dios mío! —gimió, presa de unas horribles náuseas.

Durante unos segundos, permaneció como alelada, incapaz de reaccionar, a causa del horror que había invadido su ánimo.

—¡Joyce! —llamó Leach, alarmado por la exclamación de la muchacha—. ¿Qué sucede? ¿Qué ha visto?

Ella cerró de golpe. Luego se volvió. Había una mesa al lado y se apoyó en ella con ambas manos. El transmisor resbaló un poco sobre el mármol y quedó debajo de un estante con frascos y cajas de medicamentos.

—¡Joyce! —gritó el joven.

Los ojos de Joyce estaban cerrados y todo su cuerpo temblaba convulsivamente.

Jamás, pensó, por muchos años que transcurriese, olvidaría aquella espantosa visión.

Miembros humanos, brazos, piernas, frascos que contenían trozos de algo que parecía pergamino y que, sin duda, no eran sino

tiras de piel humana, pero, sobre todo, la cabeza de una mujer, descansando sobre un plato, con los ojos desmesuradamente abiertos, congelados en una última mirada al horror infinito. Aunque no la había visto jamás, sabía que aquella cabeza pertenecía a Bea Forster.

De repente, Joyce sufrió una fortísima sacudida.

—¿Satisfecha su curiosidad, señorita Blunt?

Joyce se puso rígida al oír la voz de Carmody. Leach la oyó también a unos ochocientos metros de distancia y, en aquel momento, supo que su intervención no debía demorarse un solo segundo.

* * *

Leach se había preparado para el caso de tener que actuar con rapidez. Lo primero que hizo fue guardar el transmisor en el bolsillo superior de su camisa. Conectó el audífono a su oreja izquierda, y de este modo pudo escuchar todo lo que se hablaba en el laboratorio.

Corrió con rapidez hacia la valla. Todavía ignoraba lo que había descubierto Joyce, pero sabía que era algo espantoso. No obstante, confiaba en que la muchacha supiera entretener a Carmody lo suficiente para concederle el tiempo que él necesitaba para llegar hasta su lado.

Mientras corría, oyó a través del audífono la sarcástica voz de Carmody:

—Señorita Blunt, no debiera haber imitado a la última mujer de Barba Azul. Esta vez no habrá hermanos y amigos que lleguen a tiempo para rescatarla, como sucedió en el cuento. Barba Azul le había prohibido que entrase en un determinado cuarto de su castillo y ella desobedeció la orden.

—¡En aquel cuarto se guardaban los cadáveres descuartizados de las otras mujeres, como sucede aquí! —gritó ella con gran vehemencia.

Leach oyó aquellas palabras y comprendió en el acto los motivos de la extraña actitud de Joyce. Pero ya estaba llegando junto a la valla.

Joyce se había vuelto al oír a Carmody y estaba apoyada en la mesa que ahora quedaba a sus espaldas. De pronto se dio cuenta de que no tenía el transmisor de radio en las manos, pero no hizo el

menor gesto por recuperarlo, ya que sabía que Leach estaría escuchándola y haría los imposibles por salvarla.

En aquel momento se apagó la luz.

Joyce se creyó salvada. Aprovecharía la oscuridad para escapar…

La luz, sin embargo, volvió a los pocos segundos. Joyce oyó al mismo tiempo una serie de zumbidos, muy suaves, de tonos intermitentes. Carmody sacó una pistola.

—Alguien quiere entrar —dijo—. Señorita, no se mueva o la mataré de un tiro.

Leach era el autor del disparo de la alarma. Al llegar frente a la valla, se ajustó mejor a la espalda la pequeña mochila que había traído consigo. Luego hizo lo mismo con los guantes aislantes que cubrían sus manos. Al finalizar, tomó carrerilla y saltó hacia arriba, con los brazos extendidos.

Sus manos alcanzaron el borde superior de la valla, cuando ya los pies no tocaban el suelo. Por tanto, aunque, la corriente circulaba por su cuerpo, no le causaba el menor efecto, ya que no se descargaba a tierra. Pero mientras forcejeaba para pasar al otro lado, vio que se apagaban las luces de la casa. Sin embargo, se encendieron a los pocos segundos y comprendió que en Wallis Farm había un generador de emergencia, que entraba en funcionamiento automáticamente.

Saltó al otro lado y se corrió unos metros hacia su izquierda, hasta que encontró unos frondosos arbustos, que le parecieron adecuados para esconderse. No podía seguir adelante, sin antes inutilizar a los sabuesos, que acudirían bien pronto, azuzados por su cuidador.

Descolgó la mochila y empezó a trabajar frenéticamente. De pronto, oyó otra voz hombruna:

—Doctor, hay un intruso…

—Lo sé, Wraxton. Debe de ser Leach. Sabía que vendría un día u otro. Salga en su busca y quítelo de en medio.

—Bien, doctor. ¿Qué pasa con la chica?

—Es demasiado curiosa, Wraxton.

—Bueno, hoy o mañana teníamos que empezar…

Wraxton salió del laboratorio.

—No se mueva, señorita Blunt —ordenó Carmody.

Sin dejar de vigilarla, retrocedió unos pasos, hasta llegar a una pileta con grifo, en la que llenó un vaso con agua. Luego buscó y lo echó en el líquido.

—Lamento tener que hacer esto, pero no me queda otro remedio —dijo.

Mientras, Leach trabajaba frenéticamente. De la mochila sacó dos rollos de cable conductor, cada uno de los cuales medía doce o quince metros de largo. Los cables estaban terminados por un extremo en sendas pinzas de metal. En el otro estaban unidos a antenas de radio, de tipo telescópico, de las utilizadas en los automóviles. Cada antena medía poco más de un metro y había otro metro de cable, inmediatamente a continuación, pues en posición rígida, por medio de una segunda varilla de alambre.

El resultado era que Leach disponía de algo parecido a dos largos bastones de metal, la mitad de los cuales quedaba al descubierto. Cuando terminó la operación, sujetó cada una de las pinzas a un punto cualquiera de la valla electrificada, de modo que la separación entre ambas fuese de un metro aproximadamente.

Ya se oían los ladridos de los canes.

—¡Busca, busca! —gritó Cowdy.

—¡No dejes que escape, Archie! —ordenó Wraxton.

Leach inspiró con fuerza. De súbito, pasó al otro lado de los arbustos y se enfrentó con los sabuesos.

Cowdy llegaba a unos metros de distancia. Los perros se arrojaron sobre Leach.

Entonces, las puntas de las antenas tocaron a los perros y éstos se revolcaron desesperadamente por el suelo, a la vez que emitían agudos ladridos. Leach se acercó más a ellos y volvió a tocarles, lanzándoles descarga tras descarga. Los animales aullaban desesperadamente y, al fin, aterrados por aquel fenómeno que escapaba a su comprensión, huyeron, en una carrera frenética que los alejó de Leach en pocos instantes.

Pero quedaba Cowdy y éste disponía de un rifle. El vigilante, a cuatro pasos del joven, levantó el arma y apoyó la culata en el hombro.

Leach se dio cuenta de que no podía llegar hasta el sujeto antes de que saliese el tiro.

Sólo tenía una solución.

El cable de su mano derecha partió hacia adelante con tremendo ímpetu. La punta de metal rozó la mejilla izquierda de Cowdy, quien exhaló un fuerte grito al sentir la sacudida eléctrica.

La descarga le hizo dar un salto. El rifle escapó de sus manos.

Leach se arrojó sobre él y le tocó nuevamente con el palito metálico. Cowdy chilló y huyó aterrorizado.

El joven sonrió, mientras se inclinaba para recoger el rifle. Joyce estaba viva todavía.

—¡Beba! —ordenó Carmody.

—¡No! —contestó ella, a la vez que cruzaba los brazos sobre el pecho.

Entretanto, Wraxton, asustado por los ladridos de los perros, a los que había visto dar media vuelta, aterrados a causa de algo que ignoraba, había creído conveniente refugiarse en la casa debido al temor que le inspiraban aquellas fieras, ya que Cowdy era el único que podía acercarse a ellas. Entró, cerró la puerta y corrió hacia el laboratorio.

—¡Doctor —gritó—, Leach ha hecho huir a los perros!

—¿Cómo?

—No lo sé… —Wraxton jadeaba convulsivamente—. El caso es que los perros han escapado y…

Sudaba copiosamente y todavía se estremecía de pavor al recordar el temible castañeteo de las mandíbulas caninas. De pronto, vio un vaso con agua y, sin pensárselo dos veces, lo cogió y se lo llevó a los labios. El contenido del vaso pasó en un segundo a través de su garganta.

Carmody lanzó un terrible aullido.

—¡Imbécil! ¿Qué ha hecho, condenado estúpido? ¡Era ella la que debía beber lo que había en ese vaso!

Wraxton se quedó parado. El vaso seguía todavía en sus manos. De pronto, sus dedos se aflojaron y el recipiente cayó al suelo, en donde se rompió con sonido cristalino.

CAPÍTULO XII

LA nuez de Wraxton subió y bajó convulsivamente.

—¿Qué… qué había en ese vaso, doctor? —preguntó.

—Lo mismo que tomó Rhonda, idiota.

Joyce se tapó la boca con una mano.

—No…, no es posible… —sollozó Wraxton.

—Sí, estúpido. Era ella la que debía haber tomado la pócima, ¿comprende?

—Yo…, yo estaba nervioso… Tenía sed…

De pronto, Wraxton lanzó un aullido, a la vez que se ponía una mano en el estómago.

—¡Me abraso! Haga algo, doctor; deme un antídoto…

—¡No hay antídoto posible! —respondió Carmody con fría crudeza.

Joyce miraba al ayudante con ojos llenos de horror. Leach llegaba a la casa en aquel momento. Oía perfectamente lo que se decía en el laboratorio y se estremeció al pensar que había una persona que iba a correr la misma suerte que Rhonda Scarborough.

—¡Sálvelo, doctor! —pidió Joyce.

Sabía que era imposible, pero quería que su voz llegase a oídos del joven.

Leach respiró aliviado. Ella estaba aún con vida.

Empujó la puerta exterior. En el mismo momento, el cuerpo de Wraxton empezaba a humear.

Wraxton lanzó un último aullido. Luego cayó al suelo, agitándose horriblemente.

Joyce volvió la cabeza a un lado. No quería presenciar aquella espantosa escena.

El hedor era insufrible. Carmody se mordió los labios un instante y luego, acercándose a una pared, tocó un interruptor. El extractor de aire se puso en movimiento inmediatamente.

—Lo siento, señorita Blunt —dijo—. Temo que habré de acabar con usted de otra manera.

Joyce se irguió.

—¿Cree qué mi muerte le concederá la impunidad que desea? —preguntó.

—Sí. Usted ya no podrá repetir a nadie…

Ella se volvió de pronto. Al encararse de nuevo con Carmody, tenía en la mano el transmisor de radio.

—Alguien ha estado oyendo todo desde el principio —dijo.

Carmody se quedó atónito.

—¡Imposible! —exclamó.

Joyce sonrió. A pesar del miedo que sentía, podía darse cuenta de que la iniciativa había pasado a sus manos en buena parte.

—¿De veras? —dijo—. Barry, ¿me oyes?

—Fuerte y claro —contestó el joven—. ¿Estás bien?

—Sí, pero ten cuidado. Carmody está armado.

—Lo tendré en cuenta.

La pistola apuntó rectamente al pecho de la joven.

—Leach, si se le ocurre entrar en el laboratorio, mataré a la señorita Blunt —intimidó.

El joven vaciló. Era fácil advertir que Carmody estaba dispuesto a cumplir su amenaza.

El médico movió su mano izquierda.

—Deme ese transmisor, señorita —pidió.

Joyce obedeció. Carmody añadió:

—¿Me oye usted, Leach?

—Sí, doctor.

De pronto, Joyce lanzó una mirada al cuerpo de Wraxton, que había dejado de moverse ya hacía rato. Un grito de horror escapó instintivamente de sus labios.

—Doctor, ¿qué le sucede a Joyce? —preguntó Leach.

—Nada de particular. Está viendo un espectáculo poco agradable.

—¡Barry! El cuerpo de Wraxton se desintegra…

Leach sintió un escalofrío.

—Doctor, ¿qué diabólica droga ha inventado usted para disolver la sustancia orgánica en unos pocos minutos? —preguntó.

—Bien, sería difícil de explicar, sobre todo, cuando el auditorio

carece de capacidad de comprensión. Sólo le diré que así como hay drogas que refuerzan la resistencia de los tejidos a su destrucción, hay otras, en cambio, que anulan con gran rapidez esa resistencia. En resumen, aceleración del proceso de descomposición.

—Doctor, va a tener que responder de muchos crímenes —dijo el joven—. Empezando por Dina Coogan…

—Ah, sí, una muchacha magnífica. Y con un material excelente, se lo aseguro.

Joyce sintió náuseas al comprender el significado de la palabra material. Ella misma estaba destinada a servir de «material»… para los injertos de piel y órganos que se aplicaban a las pacientes ricas de Wallis Farm.

—También tendrá que responder por la muerte de Carol Franks. ¿La hizo pedazos para que algunas mujeres ricas pudieran rejuvenecer?

—Alguien tenía que sacrificarse, ¿no cree? —respondió Carmody cínicamente.

—Melitta Purcell estuvo también aquí. Quiso apuñalarme y acabó saltando desde el piso veintidós.

—Oh, era una ingenua. Ella creía de veras que esto era una clínica psiquiátrica. Cuando se dio cuenta de que estaba engañada, anunció su marcha y me negó la suma que yo le había pedido. Entonces, le preparé una pequeña trampa.

—Sugestión.

—Sí. Tenía que matar a alguien cuando estuviese con él en una situación íntima. Luego debía suicidarse…, pero ello no sucedería hasta que la persona que debía representar el factor desencadenante no fuese un gran amigo de ella.

—Es una venganza sucia, asquerosa… Doctor, cuando mató a su esposa, en la calle Paddwick, debieron haberle llevado a usted a la cámara de gas.

—Ah, también está enterado de lo que pasó.

—Sí, pero ahora no se librará usted con unos pocos años de cárcel.

Joyce tenía los ojos morbosamente fijos en el cuerpo de Wraxton, del que había desaparecido ya todo rastro de piel, músculos y vísceras. Bajo sus ropajes, sólo había un esqueleto completamente limpio.

—Todavía estoy libre —dijo Carmody—. No venda mi piel antes de tiempo, Leach.

—Tendrá que pagar por todo lo que ha hecho —insistió el joven —. Sobre todo, por la horrible muerte de Zelda Ames…

—Ah, la señora Ames —exclamó Carmody hipócritamente—. Una mujer muy impaciente. Fue uno de mis mayores éxitos…, pero ella lo echó todo a rodar, marchándose de aquí antes de tiempo. Yo quería retenerla en observación todavía otro mes, pero ella no quiso escucharme y, a pesar de mi vigilancia, consiguió escapar.

—Se caía a pedazos…

—La soldadura de los injertos no era firme todavía. Insisto en que debía haber aguardado otro mes.

—Pero luego carbonizaron su cuerpo…

—Fue Wraxton. Había ido a buscarla y se la encontró muerta. Entonces, hizo aquello para que sospechasen de un ladrón. Una buena idea, todo hay que reconocerlo.

—También tuvo la misma idea con Rhonda, ¿no?

—Bueno, Wraxton debía traerse aquí un esqueleto. Nunca supuso que fuese el de su amante…, pero estaba metido también en este asunto hasta el cuello y debía pensar en conservarlo.

—No lo ha conseguido. ¿Dónde está el esqueleto de Rhonda?

—Oh, hay tanto sitio en el jardín… —rió Carmody.

—Algunos restos humanos no fueron a parar bajo tierra, doctor.

—¿Fue usted el que puso el cartel en la valla? Una buena idea, debo reconocerlo…, pero era conveniente que los perros conociesen el sabor de cierta carne. Así recibían el adecuado entrenamiento para atacar a los intrusos, cosa que con usted, por lo que veo, ha fallado.

—Así es, doctor. Y no le diré el procedimiento.

—Tampoco me importa demasiado, Leach.

De pronto, el joven oyó ruido fuera de la casa. Saltó a un lado y se apartó de la entrada.

Un segundo después, Cowdy entró impetuosamente y se dirigió hacia el laboratorio, cuya puerta abrió de golpe.

—¡Doctor, Leach ha conseguido saltar la valla! —gritó.

—Estúpido —gritó Carmody descompuestamente.

La cólera le hizo actuar de una forma casi impremeditada. Apretó el gatillo y Cowdy rodó por tierra, después de lanzar un

aullido.

En el mismo momento, Joyce, dándose cuenta de que debía hacer algo, saltó hacia adelante y pegó a Carmody un fortísimo empellón con ambas manos, derribándole al suelo. El médico gritó, furioso, pero el arma se había escapado de sus manos.

Joyce huyó a la carrera. Leach aparecía en aquel momento en la entrada del laboratorio.

—¡Sal, Joyce! —ordenó.

Carmody se había puesto en pie y corría ahora hacia el lado opuesto. Abrió una puerta y se precipitó fuera de la casa, antes de que Leach pudiera intimarle a que se entregara.

De repente, se oyeron unos atroces ladridos.

Sonó un espeluznante chillido. Joyce se tapó la cara con las manos, estremecida de terror.

Los alaridos de Carmody se mezclaban con los aullidos de los sabuesos. El estruendo de la pelea entre el hombre y los canes era terrorífico.

De pronto, la voz de Carmody se convirtió en un inhumano gorgoteo. Luego, sonaron chasquidos de huesos.

Leach inspiró con fuerza.

—Joyce, quédate —ordenó.

Cargó el rifle y cruzó el laboratorio. La luz salía al exterior, proyectándose sobre una escena horripilante.

Sí, Carmody había entrenado a los *doberman-pinscher* para comer carne humana, pero nunca pudo imaginarse que aquel entrenamiento pudiera volverse un día contra él.

Levantó el rifle. Los sabuesos no tenían la culpa de un atroz cambio en sus costumbres, pero ya no habría fuerza humana capaz de cambiarlas.

Temblando de horror, Joyce oyó las detonaciones, mezcladas con los ladridos de dolor de los perros. Luego volvió el silencio.

Leach lanzó una última mirada al horrible espectáculo. Carmody yacía en el suelo, sobre un lago de sangre. Uno de los sabuesos había muerto sin aflojar sus mandíbulas del cuello de aquel médico infernal.

En la casa empezaban a oírse gritos. Leach recordó que había más huéspedes.

De pronto, Cowdy se sentó en el suelo, quejándose sordamente,

a la vez que se ponía una mano en el hombro izquierdo.

—Procura curarle, Joyce —indicó Leach—. Tiene que hablar.

—Sí, Barry.

Leach hizo una pregunta a la joven:

—Joyce, ¿cuál es la puerta del cuarto de Barba Azul?

Ella se estremeció.

—Aquel frigorífico —indicó.

Leach abrió la puerta. Dispuesto a todo, supo mantener la serenidad durante unos segundos, mientras contemplaba el horripilante espectáculo de los fragmentos de cuerpos humanos conservados por medio del frío.

Luego, cerró. La pesadilla había acabado ya.

Leach y Joyce salieron de la casa. El *sheriff* de Green Lake, la policía del estado y también un par de agentes del FBI trabajaban activamente, así como dos forenses.

—Se cree que conseguirán salvar a Wendy Stone —dijo él—. Pero no recobrará su aspecto juvenil, al menos, con los procedimientos de Carmody.

Ella asintió.

—Me pregunto cómo se le ocurriría instalar aquí su clínica —murmuró.

—Era el lugar adecuado. Y nunca le faltaba «material» para sus experimentos. Aparte de ello, el interés monetario también debe tenerse en cuenta, aunque no dejemos de advertir que los gastos eran muy grandes.

—Wraxton y Rhonda le ayudaban…

—Estoy por asegurar que, pese a estar de acuerdo con Carmody, pensaban en que un día podrían conseguir mucho más, sobre todo cuando Carmody hubiese perfeccionado sus métodos.

—A costa de chicas jóvenes y bien parecidas…

—Que prestaban, y no por propia voluntad, parte de su cuerpo.

Leach meneó la cabeza.

—Carmody debía de ser un fanático de la ciencia —añadió—. Pero también ese fanático es peligroso.

—Como todos los fanáticos.

—Sí.

Leach paseó la vista por los alrededores. El día era claro, radiante.

Había muchos automóviles frente a la casa. Dos agentes tomaban declaración a Cowdy. Unos sanitarios se llevaron los cadáveres.

—Barry, ¿qué harás ahora? —preguntó ella de pronto.

—Perdí mi prestigio profesional.

—Debes intentar recobrarlo.

—Será difícil.

—Pero no imposible. ¿No necesitarás ayuda?

Leach se volvió hacia Joyce, la miró y sonrió.

—¿Quién querría ayudarme? —preguntó.

Ella se ruborizó.

—Yo, si no tienes inconveniente —contestó—. Pero con una condición.

—Aceptada de antemano, aunque yo también he de imponerte otra.

—De acuerdo. Si quieres que te ayude… no se lo pidas a otras mujeres.

Leach se echó a reír.

—Y tú tampoco abrirás más la puerta del cuarto de Barba Azul —contestó.

—Seguro, porque no tendrás más que una sola esposa —dijo Joyce, feliz y satisfecha.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y
D. D. T.,
de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.